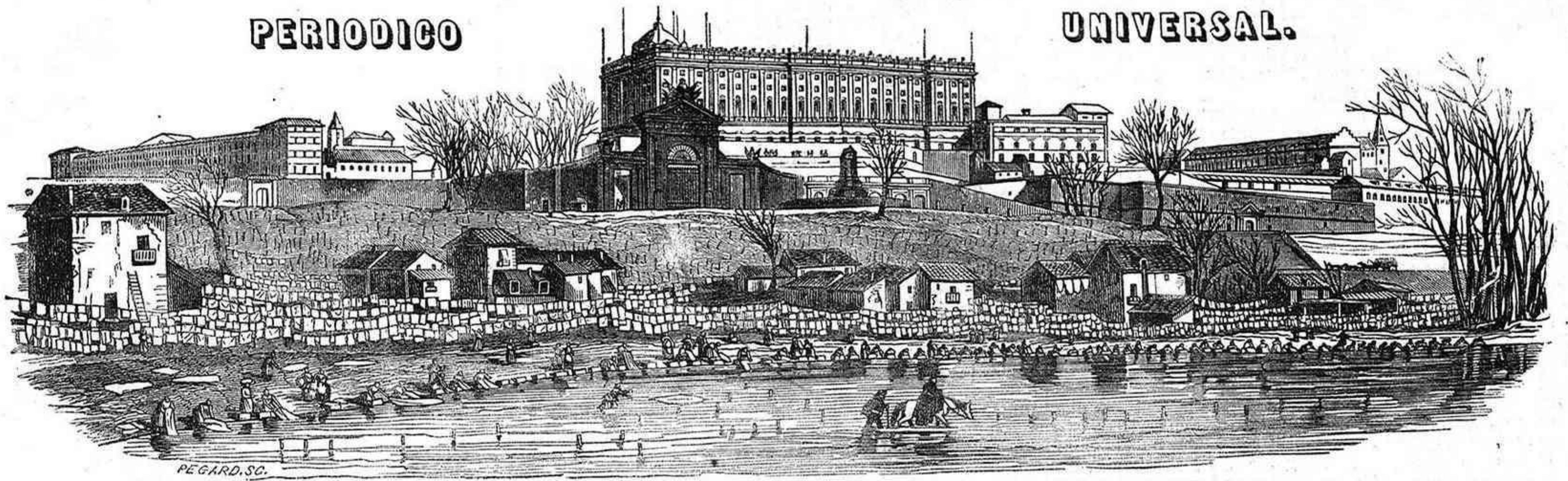


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 26.—SÁBADO 26 DE JUNIO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## ESPOSICION DE LONDRES.

### MÁQUINAS.

Si la Gran Bretaña ocupa hoy una posición tan brillante entre las naciones manufactureras, puede atribuirse tanto a la destreza y disposición de sus artesanos y mecánicos, como a las primeras materias que encierra su suelo. La gran fama que goza respecto al valor y a la perfección de sus máquinas, le dió seguridades, desde el primer día en que se anunció la Exposición Universal, de que al menos en este ramo no debía abrigar temores, tocante al resultado del juicio que los sabios iban a pronunciar sobre tan importante asunto.

«No dudo, decía lord Stanley en el gran banquete dado al príncipe Alberto en Mansion-House, de que algunos objetos elaborados por extranjeros lleguen a sobrepujar a los nuestros en fecundidad de invención, y creo que en cuanto a dibujos, a gracia y a brillantes adornos nos ganarán; pero estoy firmemente persuadido de que respecto a objetos de utilidad

práctica, en cuanto a la hábil aplicación de la ciencia mecánica a casos prácticos, y sobre todo a las máquinas montadas y a la perfección de útiles, no podemos tener digno rival en nación alguna.»

Sin emitir nuestra opinión acerca de la victoria que otras naciones puedan disputar en esta lucha industrial, diremos siempre que para los hombres familiarizados con los pormenores de la mecánica, y que son capaces de apreciar sus diferentes grados de perfección, lo que la Gran Bretaña ha espuesto en la sección que recorremos es mas que suficiente para justificar las opiniones del noble lord.

Por lo que hace a las ventajas de esta alta posición en la ciencia práctica de la mecánica, hay muchas personas que se imaginan que el uso demasiado estenso de máquinas es realmente funesto al progreso y a la prosperidad del país. La aplicación del vapor a la mecánica se mira por ciertos hombres como una odiosa rival de la industria humana, porque en esta lucha, los músculos del hombre se oponen a la fuerza maciza del hierro, y la vida y la sangre de la humanidad en-

tran en un combate desesperado contra la irresistible potencia del vapor. Otros sin embargo opinan que sirviendo toda nueva invención mecánica para disminuir el trabajo del hombre, haciéndolo mas productivo, debe considerarse como un aumento de la riqueza y de los recursos del país. De estas dos proposiciones, una ofrece un dichoso porvenir, é indica que la sociedad progresa en riqueza y en bienestar, al paso que la otra nos presenta el triste espectáculo de una nación que se hunde mas y mas en las profundidades de la miseria y de la desgracia.

No nos faltarian ciertamente datos y argumentos para probar que la última y la mas desconsoladora de estas dos perspectivas es, no solo una teoría falsa, sino un hecho desmentido por los resultados de la experiencia. Pero el objeto de nuestro examen no es suministrar semejantes pruebas, sino dar a luz un cuadro fiel del grado de desarrollo que han alcanzado las naciones, en vista de las muestras que han tenido por conveniente esponer en el Palacio de Cristal, fijando al mismo tiempo las bases que pueden servir de puntos de par-



Cúchares preparándose para matar al toro.



tida para los nuevos esfuerzos que hacen y han de hacer las naciones en la vía del progreso.

Bajo este punto de vista, único que guía nuestra pluma, y no el de establecer comparaciones odiosas que redunden en perjuicio de la industria universal, nos proponemos recorrer con alguna detención esta sección importante de las máquinas inglesas, cuyos artículos solo se han presentado á la espectación pública, á fin de poner de manifiesto los agentes que la industria humana aplica á la transformación de los productos brutos de la naturaleza.

En este departamento se han espuesto todos los procedimientos, por medio de los cuales aniquila el hombre el tiempo y el espacio, llena los valles, y en las colinas desde inmensas distancias, horada las montañas y nivela los terrenos para formar grandes caminos. Se ve allí de qué modo la antigua industria, que á duras penas conseguía fabricar las telas necesarias para cubrir las carnes de nuestros antepasados, y cuyos aparatos se conservan aun como reliquias curiosas de siglos que fueron, se ve hoy reemplazada por mil oficios, cuyo primer agente es el vapor, y por otras maravillas mecánicas, que se asocian á los nombres de Arkwrights y de Hargreaves.

Dicho departamento contenía todas las variedades de las máquinas más perfectas. El viajero aprendía allí cómo se fabrican los paños de todas clases, cómo se teje, se tinte y se trabaja la seda, cómo por medio del vapor se elaboran los mas exquisitos encajes, por muy delicados é imperceptibles que sean sus dibujos. Las máquinas comprendían en su largo catálogo, así las que sirven para fabricar un alfiler ó una aguja, un botón ó un cuchillo, un pliego de papel ó un tapiz, un clavo ó un barreno, como las destinadas á operar en mayor escala ó á aplicarse á fundiciones de grande importancia, por la influencia que ejercen en la vida de los pueblos.

En el artículo siguiente daremos principio á su clasificación, con la imparcialidad que nos ha servido de norte en los que hasta aquí hemos publicado sobre la Exposición de Londres.

## UNA ACTRIZ.

Susana llegó del teatro y se arrojó en un sillón delante de la chimenea, vestida aun con la blanca túnica de *Desdémona*, cuyo papel acababa de ejecutar en el *Otelo*. Añexas lágrimas corrían por sus mejillas pálidas, y un profundo abatimiento había sucedido á la horrible agitación que durante muchas horas destruyó su pecho. ¡Tanto había costado á la infeliz la desesperada determinación que acababa de tomar! ¡Tener en sus manos un billete que encerraba toda su esperanza, la realidad de sus más caras ilusiones, todo un porvenir de amor y felicidad; y haber de apartar de él sus ojos, imponer silencio á su corazón, y arrojar al fuego con su propia mano aquellos caracteres que trazaban el horizonte de su vida, para verlos convertidos en yertas cenizas de indiferencia y abandono!

Pero la resolución estaba tomada. ¿Cómo retroceder? era preciso que el dedo de los hombres no fuese algún día para Guillermo el pañuelo de *Desdémona* en las manos celosas de *Otelo*; era necesario hacer un sacrificio á la virtud, y allí estaba el fuego. Susana arrojó el papel en la chimenea, y se levantó precipitadamente para no ver su felicidad devorada por las llamas. Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, escribió la siguiente carta, que entregó á su criado, y se acostó para hundir en la soledad de la noche la soledad de su corazón.

«A sir Guillermo Alderney.  
Amigo mio: Me ofrecéis vuestra mano, vuestro nombre y una vida consagrada enteramente á hacer mi felicidad! ah! ¿Por qué no os he conocido antes, para antes haberos amado y ser hoy digna de llamarme vuestra esposa? Sí, porque ahora que os amo es cuando no merezco vuestro amor.»

«Yo he amado, amigo mio, y todo el mundo lo sabe: he sido débil, y la sociedad, que jamás perdona, tiene mil voces para gritar, á la desgraciada que una vez se extravió del sendero de la virtud, las horrorosas palabras de *muger perdida*, sin que una sola persona quiera señalarle de nuevo el camino que olvidó. Un hombre abusó de mi juventud é inesperienza, y los demás me deshonraron, proclamando el triunfo de su compañero; entonces, para no oír el murmullo de unos cuantos, busqué el ruido de la multitud; para olvidar mi error, busqué las distracciones. He sido coqueta, pero las coquetas son frecuentemente las mas desgraciadas, porque oyen á todos para no pensar en uno solo, y rien para no llorar. Sin embargo, todavía me estaba reservada en la vida la felicidad de veros y amaros; y si me niego á recibir vuestro nombre, es porque aspiro á merecer vuestro amor.»

Adios para siempre, Guillermo, adios.»

El día siguiente sir Guillermo procuraba con lágrimas en los ojos hacer cambiar á Susana de resolución; pero todo fué en vano: ella estuvo inexorable y fué preciso resignarse. —Obrando así, concluyó Susana, he creído adoptar el partido mas razonable, ¡oh Guillermo, bien caro me ha costado! Y creedme, nosotros podemos ser mas felices libres que casados; porque entonces tendríamos derecho para reprocharme, cuando ahora yo no os debo cuenta de mis acciones. Además, amigo mio, os confesaré mi debilidad: actriz amada del público, yo estoy acostumbrada á la vida del teatro. Mi gloria es presentarme ante la multitud que me escucha y me aplaude, ceñidas mis sienes con la diadema de las reinas; y este falso esplendor que me seduce, estos aplausos que me entusiasman, no pueden unirse con la noble simplicidad, con el dulce egoísmo del matrimonio. Sin quererlo yo os haría celoso, y sin quererlo vos me hariais desgraciada. No querriais robarme á mi gloria, á mí, porque hariais de mí una estatua despojada de sus atributos; entonces caería de mi pedestal. Cuando se ha cometido una falta, ya que no se pueda alcanzar el perdón, es necesario al menos obligar á los hombres á olvidarla.

Sir Alderney se vió desde este momento obligado á abandonar sus proyectos de union con Susana, aunque no pudo resolverse á dejar de verla y amarla. Todos los días pasaba algunas horas á su lado, todas las noches en el teatro presenciaba sus triunfos y adivinaba bajo los suntuosos vestidos con que se presentaba la actriz radiante de gloria y de belleza, los tiernos latidos del corazón del amante; y allí donde todos admiraban el genio dramático y la sublimidad del poeta, él veía con orgullo y entusiasmo las inspiraciones del amor.

¿Qué mas podía desear! ¿no poseía el corazón de una muger envidiada de todos? Y si aquel amor se le negaba con los labios, ¿no se lo atestiguan los ojos, las lágrimas y las aitaciones del corazón delante de todo el mundo?

En tanto Susana pasaba todo el tiempo entre sir Guillermo y su íntima amiga Julieta, célebre cantatriz de la ópera inglesa. La alegría infantil de Julieta animaba las poéticas correrías de los dos amantes por las deliciosas praderas, y servía de pretexto para disimular los amorosos sentimientos que ellos no podían desterrar de sus corazones, ó para dar rienda á sus suspiros, cuando la joven, como una alegre mariposa que vuela de flor en flor, tocaba ligeramente las cuerdas secretas de aquellas almas, en que reinaba una melancólica armonía. Estos paseos se repetían diariamente, y Julieta, que antes era solo un punto de transición para la muda inteligencia de los dos amantes, llegó á hacerse tan necesaria á sir Guillermo, que cuando por casualidad faltaba, se le veía mas sombrío y abatido que de costumbre. Susana observaba en silencio el corazón de su amante, y cuando llegó á conocer el cambio que en él se verificaba insensiblemente, no pudo poner límites á su dolor y desesperación. Se quejó, y se le acusó de demasiado exigente... ¡Lloró y empezaron las ausencias... Se entregó á la irritación de sus celos y Guillermo no volvió mas... ¡El mismo Guillermo que algunos días antes quería ser su esposo! El hombre que con lágrimas en los ojos le había jurado tanto amor! amor de hombre! puro egoísmo!

Si el amor es un placer, ¿qué dolor puede igualar al que se experimenta cuando se tiene la triste convicción de que algún día ha de cesar el amor! Si el amor es la luz del alma, ¿qué desierto debe quedar esta cuando se apaga aquella brillante antorcha! Susana creyó que le sería posible vivir sin ver á Guillermo: el primer día de ausencia salió como de costumbre á su paseo campestre; pero todo era nuevo y todo monótono y fastidioso á sus ojos: ella misma se preguntaba si eran aquellos los mismos campos, aquellas las mismas flores que habían hecho su encanto al lado de Guillermo; todo estaba cambiado ante su vista. Cuando entró en su casa ya sus labios se abrían para preguntar si el lord había venido, y sus miradas registraban todas las mesas, las rinconeras, los sillones en busca de alguna carta que dispase las amargas dudas de su alma; pero nada! Sentada en su tocador, asomada á su balcón, sus oídos y sus ojos seguían á los ruidos, á todos los movimientos, y su corazón esperaba en la mas cruel agonía algun indicio favorable á su amor; pero nada! Cuando llegó la hora de ir al teatro, ya creía distinguir á Guillermo entre sus amigos, y verle en su cuarto contestando á sus amorosas quejas. Apareció en la escena, y hubo un momento en que creyó encontrar sus miradas en medio de un grupo de sus admiradores: entonces sintió despertarse en ella una nueva vida, sintió brotar la inspiración en su frente, y su voz conmovida, sus penetrantes ojos se dirigieron á él, y para él solo declamó poseída de entusiasmo y de ternura. ¿Qué le importaba á ella la multitud que la admiraba, ni los aplausos que resonaban á sus pies! Todo lo desdeñaba por una mirada sola de Guillermo... Pero, ah! Guillermo no podía mirarla, porque no estaba allí.

De esta suerte Susana, que había vivido por el amor, vivió largo tiempo por la esperanza, no sucumbiendo al dolor porque ella misma dudaba de verse abandonada: su alma se encontraba en esa especie de suspensión que causa la muerte de un ser querido á quien se llora, sin acabar de resolverse á creer que no se volverá á ver jamás.

Después deseó la sociedad, los paseos y las diversiones, persuadida de que en el instante en que sus ojos viesen á Guillermo, él volvería á su lado mas tierno y amoroso que nunca; pero parece que una barrera se levanta entre dos seres antes queridos, al punto que se separan: habitan la misma ciudad, frecuentan los mismos lugares, y no se encuentran jamás. Susana no volvió á ver su ingrato amante.

Así pasaba los días la infortunada actriz, hasta que un vago presentimiento la condujo á casa de Julieta: se le dijo que no recibía, insistió y se le permitió esperar, pero el ruido de dos voces vino á herir sus oídos: un frío glacial corrió por sus venas, su corazón comenzó á latir con violencia, y casi involuntariamente se puso á escuchar. Sir Alderney hablaba con agitación y repetía á la joven Julieta aquellas mismas expresiones de amor que todavía estaban grabadas en el corazón de Susana. ¿Cómo resistir á tan horrible suplicio? ¿Cómo permanecer insensible ante tan negra perfidia? La puerta no pudo resistir á la convulsiva violencia con que la infeliz se precipitó hácia el aposento, y se encontraron Julieta y Susana frente á frente: Guillermo había desaparecido.

Largo rato permanecieron así las dos amigas, Julieta sin atreverse á proferir una palabra, Susana sin poder articular por la agitación en que se hallaba, hasta que agolpándose dentro de su pecho mil sentimientos de celos, de indignación y desprecio, exclamó con balbuciente voz:

—¿Con que este era el cariño que me profesabais? ¿Con que vos, mientras yo os contemplaba como el objeto mas caro de mi aprecio, vos trabajabais para robarme mi felicidad, robándome el amor de Guillermo? ¿Vos, joven hermosa, rodeada de adoradores, no habeis querido dar vuestro corazón sino desgarrando el de vuestra amiga? ¿Y este era el consuelo que yo venia á buscar, y en ese seno era donde yo venia á derramar mis lágrimas! ¡Traidora!

—Señora, contestó Julieta, sir Alderney os ha amado largo tiempo; ha querido ser vuestro esposo, y le habeis desechado. ¿Creiais acaso que su amor fuera eterno? ¡Es tan frágil el amor fundado en la belleza, que al fin llega el día en que el hombre aspira á una posesión mas estrecha, á inspiraciones mas permanentes! Porque habeis desechado su mano, ¿queriais que él renunciase al matrimonio?

—¿Qué queréis decir? gritó Susana desfavorida.

—Que sir Guillermo Alderney es ya mi marido.

Un grito espantoso salió á esta respuesta del alma de Susana, y cayó sin sentido.

Los meses después una muger sentada cerca de un velador, en un gabinete cuyos balcones daban á un pequeño jardín, contemplaba melancólicamente las marchitas flores y el adormecimiento de la naturaleza. Un largo vestido negro envolvía sus delgados miembros, y sus cabellos desordenados caían por sus lividas mejillas y sobre su cuello mas blanco que el marfil. Con una de sus manos jugueteaba con los ricos

vasos y adornos de porcelana que en el velador había, mientras que con la otra, señalando á varios puntos del jardín, parecía guiar su vista en busca de algun objeto deseado. Luego, sonando una campanilla de plata, dijo al criado que se presentó:

—Arnold, el paseo que he dado con Guillermo me ha fatigado mucho: no quiero recibir á nadie. Ireis al teatro á decir al director que no puedo trabajar esta noche, estais? porque me hallo muy cansada.

Pero en el instante en que el viejo se retiraba enjugando una lágrima que había arrancado á sus ojos el estado de su señora, esta volvió á llamarle, y le dijo:

—Mira, Arnold, á donde debes ir es á casa de Guillermo... Su ausencia me inquieta mucho... El, que viene tan a menudo... ¡pobre Susana (exclamó despues) cómo te abandonan! ¡todos se olvidan, todos!

De esta suerte pasaban los días de la interesante Susana desde su última visita á Julieta. La infeliz, despues de dolorosos padecimientos, no había podido recobrar la vida sino perdiendo la razón: estaba loca! El primer pensamiento del médico que la asistía fué á arrancarla á la curiosa compasión de la multitud frívola y egoísta, haciéndola conducir á una casa de campo distante de la capital, donde la hemos visto delirando, ya con un paseo al lado de Guillermo, ya inquieta por su ausencia. La desgraciada se contradecía á cada paso, y jamás llegó á sospechar de su locura. El tiempo no disminuía su mal: el médico, desesperado de su curación, resolvió conducirla otra vez á la ciudad creyendo que la variación podría influir en su estado de un modo favorable.

En efecto, á medida que se acercaba el carruaje á la capital, Susana parecía resucitar del abatimiento en que se hallaba, y volver á la salud: sus mejillas se coloraban de carmin, y sus ojos tomaban la brillante transparencia de otro tiempo. Una dulce sonrisa asomaba á sus labios, y su imaginación se entretenía alegremente con los matizados paisajes que se sucedían ante su vista. En fin, se veía renacer de la pobre loca la hermosa y encantadora Susana.

Cuando entró en su casa se adivinaba la felicidad pintada en sus facciones, su alegría candorosa en sus preguntas y en la curiosidad con que registraba todos los muebles y habitaciones; luego preguntó qué pieza se representaba aquella noche en el teatro. El *Hamlet*, la dijeron. —¿*Hamlet* en que ella había recibido tantos aplausos, en que tantas coronas habían ceñido sus sienes en medio de las aclamaciones de un público que la admiraba y la quería... ¡y ahora se hacia el *Hamlet* sin ella, su papel de Ofelia se abandonaba á otra, cuando nadie en el mundo había podido disputárselo! Susana no pudo resistir á aquella idea, y dos raudales de amargas lágrimas brotaron de sus hermosos ojos al verse tan abandonada, que hasta su lugar en la gloria y admiración del pueblo estaba ocupado por otra.

Sin embargo, desahogado su corazón con aquel copioso llanto, un momento despues se hallaba poseída de una calma melancólica, y procuraba ella misma mitigar su dolor con la vista de objetos indiferentes: cuando el médico volvió, la encontró dibujando un ramo de flores marchitas que había colocado en un vaso de porcelana.

—¿Qué haceis? le preguntó.

—Hago mi retrato, contestó con un acento doloroso.

Pero de pronto, arrojando los pinceles y reclinando la cabeza entre sus manos, quedó sumergida en una abstracción completa. Cuando volvió en sí estaba muy avanzada la noche, y un profundo silencio reinaba á su alrededor. Por una ventana abierta penetraba el resplandor opaco de la luna, y una ligera brisa llenaba la habitación del perfume de las flores del jardín. Susana contemplaba este cuadro de dolor y soledad, y se preguntaba si no sería dulce la muerte á aquella hora para quien la vida no tenia ninguna ilusión y felicidad.

Luego, y como si alguna idea fija la dominase, corrió á su guardarropa, y sacando un vestido blanco y un manton de crespon negro, bajó al jardín, donde cuidadosamente se vistió, y formó una guirnalda de flores para adornar sus desgajados rizos. Así dió algunas vueltas por entre los arbolillos, hasta que se persuadió de que nadie la observaba; entonces, saliendo con cautela por una puertecilla á la calle, se dirigió hácia el teatro precipitadamente.

Mientras que la infeliz, arrastrada por un pensamiento que la dominaba, seguía su marcha, se concluía en el teatro el *Hamlet* al estruendo de los innumerables aplausos de un pueblo entusiasmado. Todos oían aquel lúgubre poema en que la verdad sale de la boca de los locos, y en que la mentira quema los labios de los seres razonables. Ofelia había oído con resignación la sentencia de muerte que Hamlet acababa de lanzarle, diciéndole: «Yo no os he amado jamás.» Ella había visto á su amante arrebatarse por un doble crimen su padre y su felicidad; y ya la actriz, que la representaba demente y con los cabellos esparcidos, se dirigió hácia el público, cuando una segunda Ofelia, vestida tambien de blanco, con el velo de la huérfana, los cabellos esparcidos y la frente coronada de flores, se precipitó en el foro, y apareció en el teatro en la verdadera situación que soñó Shakespeare para la infortunada hija de Polonio.

La loca paseó sus vagas miradas por la multitud conmovida y confusa, y despues, pasándose la mano por los ojos como para quitarse el reflejo de tanta claridad, se puso á cantar con lenta y triste voz:

«Con la frente descubierta la pusieron en el féretro. Y lágrimas vertieron sobre su tumba.»

—Oh, Dios mio! exclamó mezclando sin saberlo sus propios pensamientos á las inspiraciones de Shakespeare, él ha muerto! mi amante ha muerto! ¿quién me lo ha dicho, gran Dios? Nadie ha querido decirme, yo lo he adivinado! Cuando un amante no vuelve es porque ha muerto, porque los amantes nun ca olvidan: el mio ha muerto, y los hombres me han ocultado su muerte: qué desgraciada soy! Ellos han preferido hacerme creer que me había abandonado. Insensatos! no saben que el abandono desgarrá el corazón mas que la misma muerte! Se muere porque se ama, y cuando se abandona es porque ya no hay amor!... Una margarita! ah, yo queria daros violetas; pero todas estan marchitas desde que murió mi amante! Barbaros, que me veis llorar y no lo habeis resucitado! Ah, Dios mio! ah, qué horror! han arrojado su sudario sobre mis hombros! qué horror! quieren que yo pase la vida envuelta en la mortaja de mi amante! Si, esto negro es su



sudario! miradle! todavía tendrá el polvo de su tumba!... Sin embargo, es preciso sufrir; sí, yo sufriré... pero... dejadme llorar, por Dios, dejadme llorar ya que le habeis arrojado sobre el rostro esa tierra negra y helada!

Y la infeliz se alejaba anegada en llanto, cuando volviéndose de pronto, el crespon negro que llevaba en los hombros impulsado por el movimiento le envolvió el rostro.

—Ah! gritó ella, rasgándolo con desesperación, Dios mio la mortaja!... Dios mio! Dios mio! la mortaja!...

Y lanzando un último y largo gemido, cayó sobre las tablas del teatro, como la estatua que de un solo golpe desciende de lo alto de su pedestal. Por todas partes corrió la multitud hacia ella; pero fueron inútiles todos los socorros, porque la vida la habia abandonado.

Así acabó la célebre y hermosísima actriz Susana Vambruggen, á cuya desgraciada muerte consagró Pope una melancólica balada.

EL PIANISTA GOTTSCHALK.

Tan poderosamente y con tanta justicia está llamando la atención del público madrileño este admirable artista, que creemos será leída con gusto la siguiente descripción, que del *Sitio de Zaragoza*, la composición que mas sorprende, hace un crítico.

El primer motivo de la fantasía, por medio de la cual trata de espresar el autor el tumulto y el desorden de la ciudad durante los momentos terribles del asalto, consiste en un sin número de escalas cromáticas descendentes, y en octavas, alternando con un canto, cuyo ritmo está marcado por unos acordes fortísimos.

A poco se oye una reminiscencia de la *marcha real*, en tono menor, que trae involuntariamente á la memoria el dolor que se apodera de los sitiados, la angustia indefinible que siente la madre al separarse de su hijo, la esposa del esposo, la jóven cándida y sencilla de su amante tierno y leal, en el supremo instante de volar todos ellos á la brecha, guiados del sentimiento patriótico é irresistible de defender sus hogares, y con ellos los mas dulces objetos de su cariño. Estas durísimas despedidas están determinadas en la *fantasia*, por medio de ejecuciones de un efecto inesplicable, pero altamente filosófico.

Después se oyen á lo lejos clarines que ejecutan la *marcha real*, que representa á los zaragozanos marchando al combate, cuyo estruendo se anuncia por medio de cañonazos que también resuenan á lo lejos. Durante algunos instantes reina un estrépito, que va calmado poco á poco, como en señal de que se ha suspendido la lucha.

Vuelve á oírse la *marcha real*, fugada, y alternando con la jota, fugada también.

Momentos de descanso.

Tranquila la ciudad, después de pasado el primer peligro, renace la alegría en los semblantes de los sitiados, cuyo efecto se espresa en la *fantasia*, por medio de la jota, variada, primero *piano*, y después *crescendo* progresivamente, hasta terminar en un *tutti* los diez pianos, durante cuya ejecución brotan torrentes de armonía de un efecto mágico.

Después de la jota se reproluce el estrépito, figurando un nuevo asalto, por medio de escalas cromáticas descendentes, á las que sigue un juego de armonías imitativas de los clarines.

Componen el final la *marcha real*, fugada, variando de tonos; acordes á *tutti*; y un nuevo *crescendo* de clarines, con los bajos fugados, sobre el principio de la *marcha real*.

Hemos trazado un ligero croquis de la gran composición que esta noche juzgará por sí mismo el público *dilettanti* de Madrid, y que creemos será acogida con bien marcadas muestras de entusiasmo.

Por lo demás, nosotros que hemos asistido á algunos ensayos, no podemos menos de decir que nos han sorprendido el conjunto de la obra y sus mas minuciosos detalles.

Lejos de haber confusión en los sonidos; cosa que parece imposible, tratándose de la ejecución de una pieza tan colosal, por diez instrumentos de iguales condiciones y del mismo timbre en sus sonidos; lejos de esta confusión, repetimos, se oyen clara y distintamente todas las melodías; sin que se pierdan ni una sola nota, ni uno solo de los delicados dibujos con que Mr. Gottschalk ha bordado su *fantasia*, aun á pesar del estrépito producido por la aglomeración de armonías, que unas veces como menuda lluvia, y otras como una granizada que cayera con impetuosa fuerza en medio de un furioso temporal, llegan á los oídos con pmosa regularidad.

El piano de Mr. Gottschalk descuello sobre todos, distinguiéndose de los demás; los sonidos que en él produce, como si fuera un instrumento de diferente calidad en su esencia.

Una de las mayores dificultades de *El sitio de Zaragoza*, y que bien puede calificarse de *tour de force*, es la de hacer oír simultáneamente la *marcha real* y la *jota*, á pesar de estar la primera en compás binario, y la segunda en compás ternario: sin que por eso pierdan una ni otra nada de su verdadero colorido.

Por último, el *cánon* sobre la misma *marcha real*, ejecutado por dos grupos de cinco pianos cada uno, revela hábilmente el modo grande que de armonizar tiene Mr. Gottschalk.

EL PASEO BAJO LOS TILOS.

TRADUCCION DE SCHILLER (1).

Wolmar y Edwin eran amigos, y vivian juntos en una apacible soledad, pues se habian retirado lejos del bullicio del agitado mundo, para desenvolver en filosófica ociosidad los sorprendentes destinos de su vida. Edwin, el dichoso, contemplaba con amantes ojos el mundo, que Wolmar, el sombrio, revestia con el fúnebre ropaje de su mala fortuna. Paseaban juntos un dia hermoso del mes de mayo, y recuerdo la siguiente conversacion:

Edwin. El dia está tan hermoso, la naturaleza toda se alegra, y vos tan pensativo, Wolmar!

(1) Insertamos esta bella traducción de Schiller, como un bellísimo modelo de poesia, que creemos no desagradará á nuestros lectores.

Wolmar. Dejadme bien sabéis que tengo sino de alterar vuestra alegría!

Ed. Pero es posible que desdñeis así la copa del placer!

Wol. Si en ella encuentro una araña, ¿por qué no? Mirad: á vos se os presenta la naturaleza en este instante como una sonrosada virgen en el dia de sus bodas; á mis ojos parece una matrona vetusta, con rojos afeites en las amarillentas mejillas, y diamantes heredados en la cabeza. ¡Cuál se sonrie burlona en ese su traje dominguero! Pero esta es ya la millonésima vez que vuelve del revés su gastada vestidura. Antes de Deucalion arrastraba ya esa misma cola tan verde y ondeante, tan perfumada y guarnecida. Mil años hace que va á tomar nuevas fuerzas al banquete de la muerte, que estrae su colombre de los huesos de sus mismos hijos, y ostenta la podredumbre de sus falsos aderezos. Jóven, ¿sabes tú las gentes entre quienes te paseas? ¿Piensas acaso en que esa interminable rueda es la tumba de tus abuelos; en que los vientos que traen el perfume de los tilos llevan tal vez á tu olfato la disipada sustancia de Arminio; en que bebes quizá en la fresca corriente los huesos pulverizados de nuestro gran Enrique? El átomo que agita la idea de la divinidad en el cerebro de Platon, que excitaba la compasion en el pecho de Tito, palpita tal vez con bestial ardor en las venas de Sardanápalo, ó se diseminaba en el cadáver de algun ladrón pasto de los cuervos. Ahora bien, Edwin, ¿os parece muy halagüeño el cuadro?

Ed. Vuestras reflexiones me presentan escenas muy cómicas! Cómo! ¿porque nuestro cuerpo siga eternamente las mismas leyes, se ha de afirmar otro tanto de nuestro espíritu? Si despues de la destruccion de nuestra máquina, la materia sigue desempeñando el mismo oficio que ejercia bajo la influencia del alma, ¿debe igualmente el espíritu de los muertos continuar las ocupaciones de su vida pasada? *Que cura fuit vivis, eadem sequitur tibiure repostos.*

Wol. De este modo las cenizas de Licurgo han permanecido y permanecerán siempre en el Océano.

Ed. ¿No oís allí los trinos de la tierna Filomela? ¡Quizás sea urna de las cenizas de Tíbulo que cantaba tan dulcemente! ¡Tal vez en aquella águila que se remonta al azulado firmamento se eleva también el sublime Píndaro! ¡y en aquel amoroso Cefirillo acaso revolotea algun átomo de Anacreonte! ¿Quién sabe si los cuerpos de los amantes no vuelan convertidos en sutiles átomos de polvo sobre los ensortijados bucles de sus amadas? ¿y si los restos del usurero no yacen aprisionados con grillos de cien años, al lado de sus tesoros escondidos bajo la tierra? ¿Quizás estén condenados los cuerpos de los escritores á verse convertidos en letras ó reducidos á papel para gemir eternamente bajo la prensa, y contribuir á eternizar los desatinos de sus colegas? Mirad, Wolmar, de la misma copa de que vos amarga miel, saca mi fantasia alegres chistes.

Wol. Edwin! Edwin! cómo revestís las cosas graves con festivas agudezas! Dejadme proseguir... la buena causa no teme el examen.

Ed. Examine Wolmar si es el mas feliz.

Wol. Oh! bah! Sondead directamente la peligrosa llaga. También la sabiduria es charlatan vocinglero, es parásito que frecuenta todas las moradas, calumniando hasta la clemencia en las de los desgraciados, dulcificando los crímenes en las de los dichosos! U estómago gastado envía los planetas al infierno; un vaso de vino puede dedicar al mismo diablo. Si nuestros caprichos son molde de nuestra filosofia, decidme, en cuál se fundirá la verdad? Temo, Edwin, que para ser sabio hayais de volveros taciturno.

Ed. No quisiera serlo con semejante condicion!

Wol. Antes habeis pronunciado la palabra *feliz*! ¿Cómo se llegará á serlo, Edwin? El trabajo es la conciliación de la vida humana; su fin la sabiduria; y la felicidad, segun vos decís, su recompensa. Vuelan una en pos de otra mil hinchadas velas, buscando la isla de la felicidad en mares sin orillas, ansiosos de conquistar este vellocino de oro; y dime tú, sabio, ¿cuántos son los que la encuentran? Aquí veo una flota girando en el eterno círculo de la necesidad, ora apartándose de la costa, ora tomando tierra, ya arribando, ya volviendo á hacerse á la mar. Hace fuerza de velas por llegar al vestíbulo de su destino, y luego cruza tímidamente á lo largo de la costa para tomar víveres ó componer sus aparejos, y vuelve proa hacia alta mar. Hay muchos que se cansan hoy inútilmente para volverse á cansar mañana. Sepáralos, y la suma queda reducida á la mitad. Al mismo tiempo el torbellino de los placeres arrastra á otros á una tumba sin gloria. Muchos emplean todo el vigor de su existencia en gozar del sudor de sus antepasados. Separemos todos estos y apenas nos quedará una cuarta parte. Tímida y llena de zozobra navegará sin brújula por el terrible Océano, guiándose por las estrellas engañadoras. Ya brilla la costa feliz como una blanca nube sobre la línea del horizonte! Tierra! grita el vigia, tierra! Una miserable tablita se rompe, y el fragil esquife va á zozobrar sobre la costa. *Apparent rari nantes in gurgite vasto.* Debilitado el diestro nadador lucha por llegar á tierra; vaga extranjero y solitario por la zona etérea, y dirige sus ojos preñados de lágrimas hacia su querida patria del Norte. De este modo voy separando millones y millones de vuestro sistema hábil liberal. Los niños se regocijan al ver la gallardía de los hombres, y estos lloran porque ya no pueden volverse niños! El torrente de nuestra sabiduria retrocede hacia su origen; la tarde tiene su crepúsculo como la mañana; Aurora y Héspero se abrazan en una misma noche; y el sabio que pretendía salvar los muros de la mortalidad, se debilita y vuelve á ser niño y juguete. Ahora bien, justificadme al artífice con respecto á su obra; responded, Edwin.

Ed. El artífice está justificado, puesto que la obra aboga por él.

Wol. Responded.

Ed. Digo que si la isla no se halla, no por eso se pierde el viaje.

Wol. ¿Es acaso porque la vista se recrea con el panorama pintoresco que se descubre á derecha é izquierda? Edwin! y para esto solo esponerse á la furia de recias tempestades, fluctuando en los ondosos desiertos, y hallando la muerte bajo las olas? No me digais mas; mi tristeza es mas elocuente que vuestra alegría.

Ed. ¿He de hollar bajo mi planta la violeta, porque no pueda aspirar el perfume de la rosa? ¿He de perder este dia de

mayo, porque una nube pueda oscurecerlo? Yo respiro calm bajo la atmósfera despejada que acorta para mí las largas horas de tormenta; y no he de coger hoy las flores porque mañana no me presenten ya su perfume. Yo las arrojo cuando se marchitan, y cojo sus tiernas hermanas que brotan provocadoras de sus capullos.

Wol. En vano! en vano! ¡Do quiera que cae una semilla de placer, brotan mil gérmenes de desgracia! ¡Do quiera que se derramó una lágrima de alegría, corrieron á torrentes lágrimas de desesperacion! ¡En el mismo sitio en que el hombre lanza gritos de júbilo, se arrastran mil insectos percederos! ¡En el instante mismo en que nuestro entusiasmo escala el cielo, se lanzan á él mil gemidos de condenación! ¡Es una lotería engañosa en que los pocos jugadores afortunados desaparecen ante el número inmenso de los desgraciados! ¡Cada instante es un minuto de muerte de un placer! ¡Cada átomo de polvo que disipa el viento es la tumba de un goce desvanecido! ¡En todos los puntos del universo ha estampado la muerte el sello de su imperio! ¡En cada átomo leo el epígrafe desconsolador: Muerto!

Ed. ¿Y por qué no, existido? Si cada sonido puede ser el cántico mortuorio de una felicidad, también es el himno de universal amor! Wolmar, bajo este tilo di yo el primer beso á mi Julieta.

Wol. (huyendo velozmente). Jóven! bajo este tilo perdí yo á mi Laura!

F. FIGUERA.

SALMOS DE BENEDETTO MARCELLO.

Cincuenta años hace, poco mas ó menos, que nació en Venecia de una familia noble Benedetto Marcello, autor de los salmos de que nos vamos á ocupar en este artículo. No podemos repetir hablando de él lo que dicen los biógrafos de la mayor parte de los compositores célebres. «Descubrió desde muy temprano un gusto decidido y brillantes disposiciones para su arte.» Muy al contrario, su padre, que dirigia cuidadosamente su educación literaria, habiéndole proporcionado maestro de violin, recibió la desagradable sorpresa de ver que su hijo tenia una aversion inesperable á aquel instrumento, que sus hermanos cultivaban con muy buen éxito.

«A la verdad que examinando el horóscopo de los tres hijos del noble veneciano, hubiera sido un absurdo augurar á Benedetto que debia con su gloria musical eternizar el nombre de su familia. Un incidente trivial, una palabra picaresca de alguna linda muchacha, que ofendió su amor propio, fué bastante para despertar sus facultades y comunicarle una actividad prodigiosa. Habíbase un dia en su presencia de los estudios de los tres hijos del patricio Marcello. «Alejandro tiene talento, dijo una señora: Girolamo lo tendrá; y en cuanto á Benedetto, la naturaleza lo ha criado á profeso para llevar la caja del violin á sus hermanos, y para ir detrás de ellos como un criado.» Este pronóstico ultrajante hirió en lo mas vivo el orgullo del jóven, y le hizo tomar desde entonces la única resolucion capaz de mostrar que semejante fallo era injusto. Desde aquel momento Benedetto, negándose á toda distraccion, trabajó dias, horas diarias en el violin, en el piano y al propio tiempo en la armonia y contra-punto. Su padre, alarmado por su salud, lo lleva por fuerza al campo, le quita los instrumentos, y prohíbe á los criados que le proporcionen papel rayado. Benedetto, con la paciencia de un hombre que quiere una cosa con intensidad, se propone rayarlo él mismo, y á pesar de la vigilancia paterna trabaja y compone una misa.

Descubre el padre la partitura, y encantado de la hermosa y rica disposicion de aquel ensayo (porque el padre de Marcello, aunque era gran señor sabia muy bien la música) deja el campo libre á aquella organizacion cuyo desarrollo habia procurado poco antes, con menos trabajo que el que ahora le costaba moderar su impetuoso arrebato. A los quince años de este acaecimiento igualaba Benedetto á los primeros maestros de su tiempo en muchas partes del arte, y los escudia con mucho, en aquel estilo épico á la vez y religioso de que en algun modo puede llamarse el creador. Si la espresion que hemos citado arriba fué realmente de una señora y no de uno de los hermanos de Benedetto, como creen algunos biógrafos, es menester convenir en que las malignas ocurrencias de las gracias sílfides de nuestros salones de París jamás han producido un tan brillante resultado.

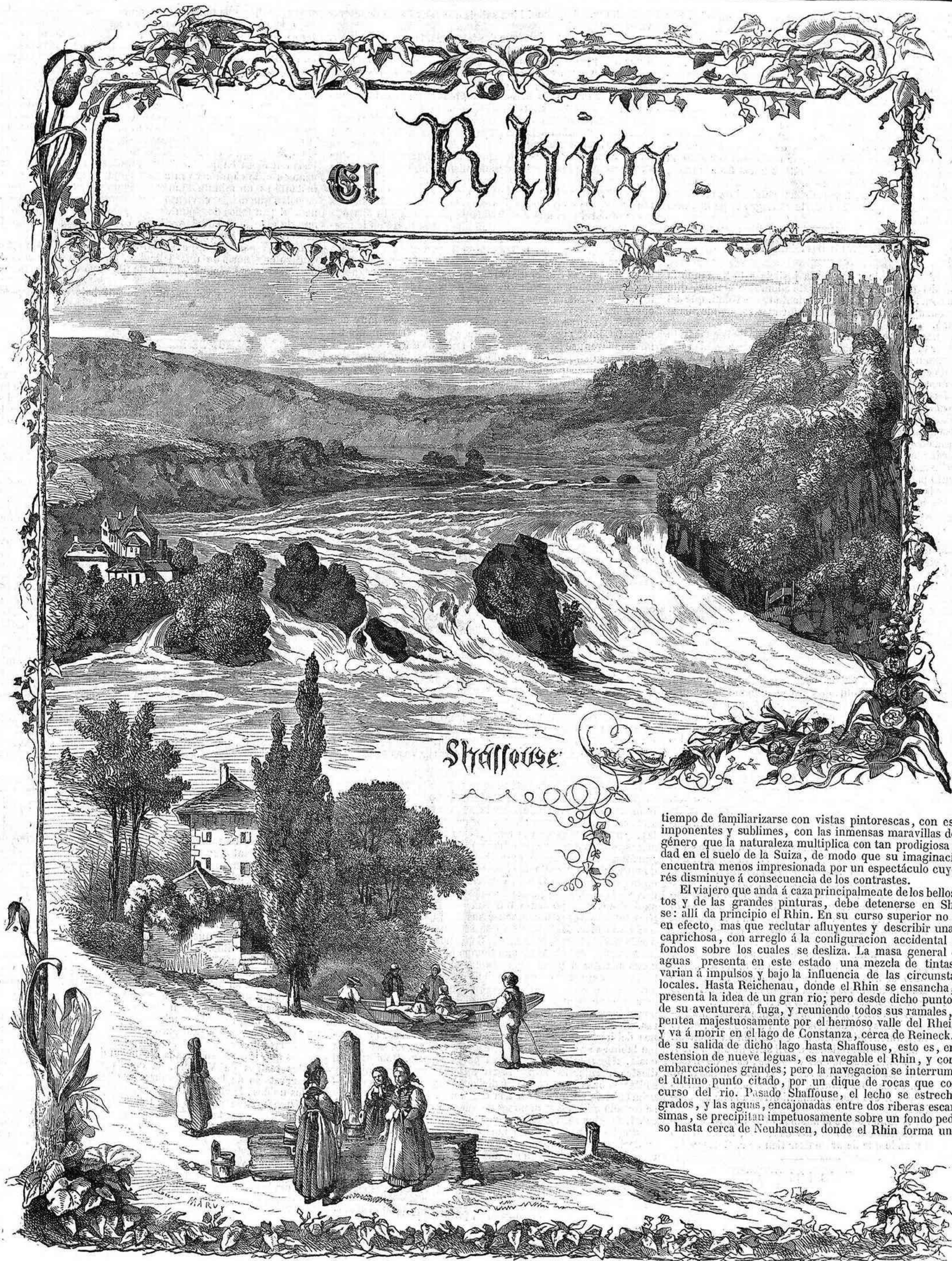
Aunque Benedetto Marcello haya sido á un mismo tiempo escritor elocuente, poeta distinguido y eminente músico, como no es de su biografía de lo que aquí se trata, nos ocuparemos tan solo de los salmos que han hecho su nombre uno de los mas bellos que honran al arte de la música.

Verdad es que debió mucho al acaso, que le hizo nacer en una época en que el canto puro y severo habia llegado en Italia al mas alto grado de perfeccion, y que los numerosos recursos que le ofrecian para la ejecución de sus coros los diferentes teatros de Venecia, la capilla de San Marcos, el conservatorio de las niñas pobres, y el concierto del casino de los nobles, le allanaron indudablemente muchas dificultades, que hoy dia casi hubieran sido invencibles. El arte de cantar en coro era tan cultivado en aquel tiempo, que en ciertas capillas habia la costumbre de presentar en cada ceremonia una composición nueva, que no ejecutándose mas que una vez, se cantaba sin embargo de repente. De este modo, *partituras* las mas veces muy complicadas y escritas para ocho ó diez partes, salian á satisfaccion del autor, de una prueba que en el dia les sería infaliblemente fatal! El principal mérito de los cantores, no consistia como ahora en una brillante *vocalizacion*, ni el teatro absorbía esclusivamente el interés de los *dilettanti*; un compositor podia ilustrar su nombre sin doblar su cabeza bajo el yugo de la cavatina; dígalo Durante, que nunca compuso para el teatro. Las cosas han cambiado de tal modo de aspecto, que si Marcello fuera contemporáneo nuestro, sería muy difícil que sus admirables himnos encontrasen en toda Italia un corto número de intérpretes inteligentes capaces de reproducir su verdadero espíritu y sentido; y aun en el caso de vencer las dificultades de la ejecución, el público en sus preocupaciones frívolas, preferiría siempre á su noble armonia las producciones vulgares, del mas despreciable fabricante de óperas.

(Continuará.)



# El Rhin.



Shaffouse

tiempo de familiarizarse con vistas pintorescas, con escenas imponentes y sublimes, con las inmensas maravillas de todo género que la naturaleza multiplica con tan prodigiosa variedad en el suelo de la Suiza, de modo que su imaginacion se encuentra menos impresionada por un espectáculo cuyo interés disminuye á consecuencia de los contrastes.

El viajero que anda á caza principalmente de los bellos efectos y de las grandes pinturas, debe detenerse en Shaffouse: allí da principio el Rhin. En su curso superior no hace, en efecto, mas que reclutar afluyentes y describir una línea caprichosa, con arreglo á la configuracion accidental de los fondos sobre los cuales se desliza. La masa general de las aguas presenta en este estado una mezcla de tintas, que varían á impulsos y bajo la influencia de las circunstancias locales. Hasta Reichenau, donde el Rhin se ensancha, nada presenta la idea de un gran río; pero desde dicho punto pierde su aventurera fuga, y reuniendo todos sus ramales, serpentea majestuosamente por el hermoso valle del Rheinthal, y va á morir en el lago de Constanza, cerca de Reineck. Desde su salida de dicho lago hasta Shaffouse, esto es, en una estension de nueve leguas, es navegable el Rhin, y contiene embarcaciones grandes; pero la navegacion se interrumpe en el último punto citado, por un dique de rocas que corta el curso del río. Pasado Shaffouse, el lecho se estrecha por grados, y las aguas, encajonadas entre dos riberas escarpadísimas, se precipitan impetuosamente sobre un fondo pedregoso hasta cerca de Neuhausen, donde el Rhin forma un salto

## EL RHIN.

### SHAFFOUSE.

El viajero *exacto* (damos este nombre al hombre concienzudo, que mide con una precision catastral las distancias mas pequeñas) que se propone explorar el curso del Rhin, creeria

faltar al objeto de su excursion si no se perdiese en las profundidades del país de los Grisones, á fin de examinar el río desde su primer origen. Este trabajo solo puede tener la recompensa debida, en el deseo de satisfacer un escrúpulo geográfico, y no porque merezcan pasar desapercibidas las bellezas naturales de aquella comarca, pues por el contrario, llevan impreso hasta cierto punto un carácter de grandeza que preocupa desde luego la imaginacion. Pero el viajero ha tenido ya

de setenta piés de elevacion. Pocas perspectivas hay que puedan compararse al efecto que produce esta catarata. El arte descriptivo no acertaria á expresar fielmente el horrible caos de tan grandiosa escena, que hace olvidar todo en medio de su sublime horror. La vista contempla con embargada atencion esas largas espirales espumosas, que se retuercen convulsamente, y mugen con espantoso ruido, en el seno de un desórden sin nombre, al cual ha llamado característicamente

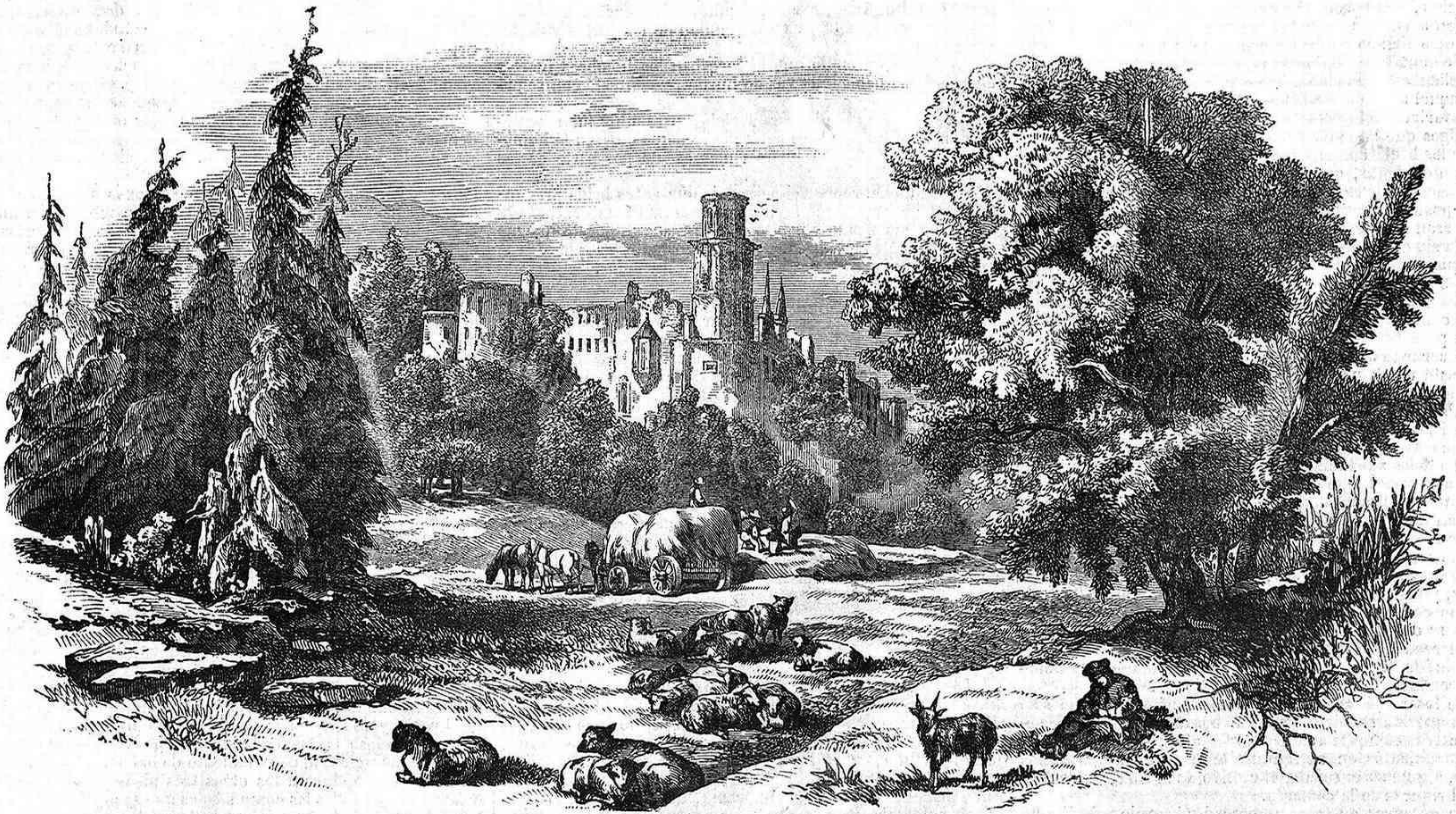


un poeta, el *Infierno de agua*. La impresion que deja esta imágen magnífica en el alma, es profunda, y no se borra fácilmente de la memoria: es una de esas armonías naturales que revelan elocuentemente la presencia infinita de Dios, y la debilidad del hombre.

Desde Lauffen, donde se halla la caída del Rhin, hasta Bale, en una estension de treinta y tres leguas, siguiendo las inflexiones del rio, el viajero tiene muy poco que admirar.

contrasta gravemente con los frescos retoños y gratas producciones de una naturaleza siempre vigorosa y jóven. Un camino de hierro une á Heidelberg del Rhin con Manheim. Aunque la parte verdaderamente pintoresca del rio solo empieza en Maguncia, se puede embarcar en Manheim, lo cual proporciona la satisfaccion de saludar, al paso, á la antigua ciudad de Worms, situada en un terreno casi clásico, pues fué teatro de las hazañas de los ejércitos romanos, residencia de

esparcidas en las orillas del Rhin. Comprende una de las épocas del feudalismo, que pesaron con mayor dureza sobre los antiguos habitantes de aquellas riberas, que la misma naturaleza del país debía sustraer á toda dominacion. A ese período lleno de movimiento y de luchas intestinas debe pedirse la llave de los monumentos y de las tradiciones que hoy todavía subsisten, imprimiendo á dichas comarcas un carácter triste y simpático.



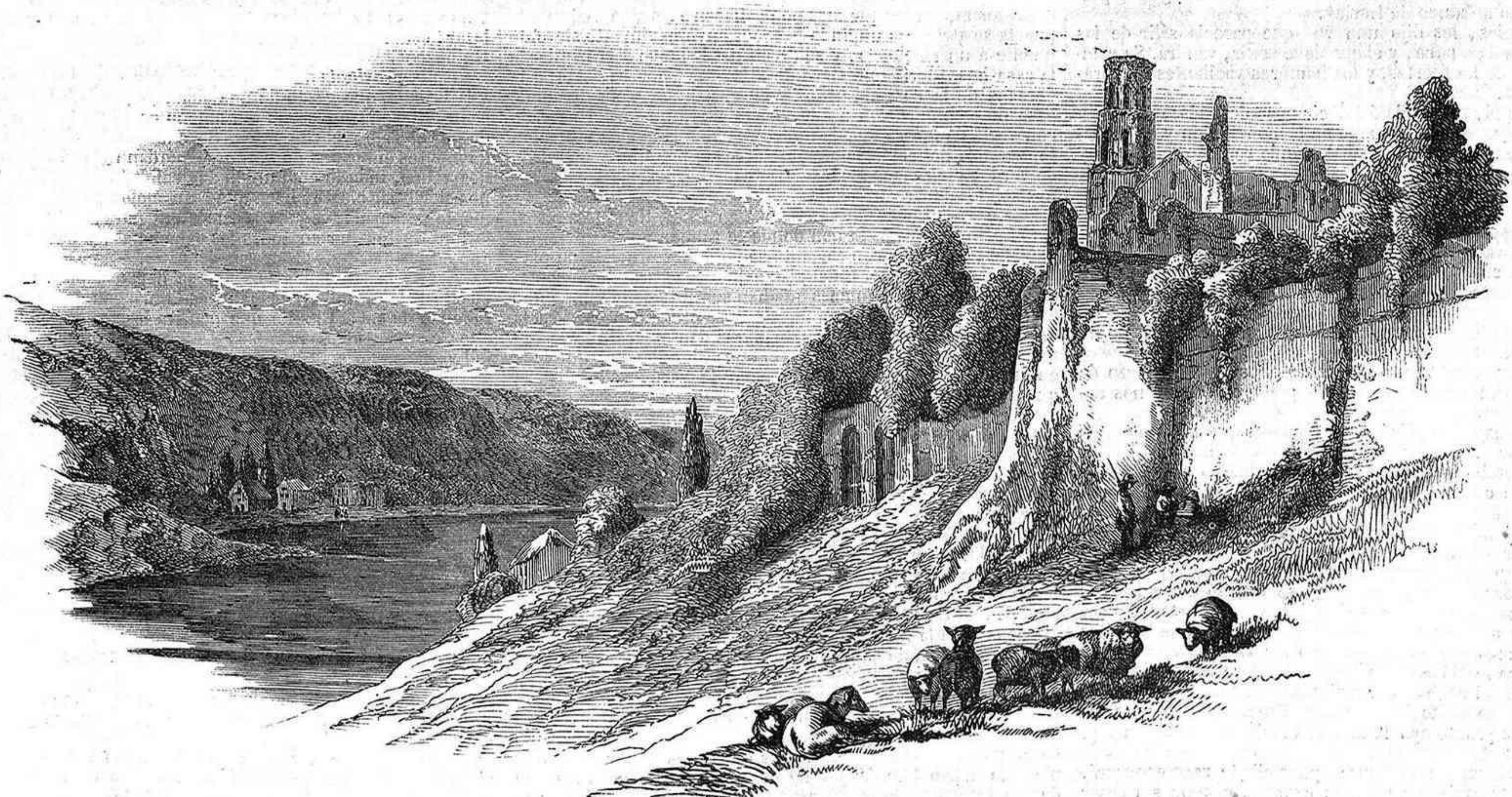
Heidelberg.

Lo mismo sucede entre este punto y Manheim. El Rhin corre allí entre dos riberas bien cultivadas, lo cual indica que el paisaje ofrece cierta monotonía. Dicha comarca, bañada por el Rhin, solo presenta un mediano interés histórico, pues contiene pocas poblaciones célebres, si esceptuamos las ilustradas por las armas de Luis XIV; tampoco se ven ruinas de la edad media que se refieran á la generacion presente sucesos pa-

los reyes francos, y tambien de las famosas dietas en los anales de la edad media.

Worms viene á ser el vestíbulo de Maguncia. Después que se ha visitado la primera ciudad, llena de recuerdos, se identifica uno con la historia de la segunda, que ha corrido la misma suerte, aunque con mayor fortuna. Guerrera y sábia, ilustre en las artes, floreciente por su industria y su comer-

Dejando á Maguncia, describe el Rhin una inmensa curva que llega hasta la altura de Elfeld, despues de bañar un valle fertilísimo y ameno. Desde este punto cambian súbitamente de aspecto sus orillas. Rocas escarpadas se elevan casi á pico sobre el rio: se ven por intervalos las ruinas de muchas fortalezas que el feudalismo construyó, semejantes á nidos de águila, y que solo sirven de madrigueras á los ladrones del



Le Neckar.

sados, y son muy escasas las bellezas que encantan al artista y al poeta. El viajero debe por consiguiente preferir al curso del rio el camino que le conduce directamente de Bale á Heidelberg, donde su curiosidad se satisfará con los interesantes monumentos que encierra esta ciudad, entre otros, el *Castillo*, obra del siglo XIV, en otro tiempo residencia de los condes Palatinos del Rhin, y cuya sombría antigüedad

Maguncia ejerció largo tiempo la supremacia sobre las demás ciudades del Rhin, elevándose al colmo de la prosperidad y del poder bajo la autoridad de sus príncipes obispos durante los siglos XIII, XIV y una parte del siguiente. Este período histórico, el mas brillante en los fastos de Maguncia, es al mismo tiempo uno de los mas curiosos, de los mas animados de la historia general de las poblaciones germánicas

contorno. Este sistema de rapiña, que prevaleció en los países de costumbres feudales durante la edad media, se hizo sentir sobre todo en Alemania, y particularmente en las orillas del Rhin, cuyas tierras no parecia sino que pertenecian de derecho al dominio privado de los malhechores. El remedio de estos abusos debia al fin encontrarse en el esceso mismo de los males que causaban, y á mediados del siglo XIII la do-



minación feudal padeció horriblemente en las orillas del Rin, merced á los esfuerzos combinados de las poblaciones que habia sojuzgado.

La narración siguiente nos ha parecido muy propia para hacer que resalten las particularidades notables que se refieren á la comarca que vamos recorriendo.

«Cerca de Bingen, y sobre la orilla izquierda del Rin, se levanta una roca de sorprendente elevación. Esta masa imponente, á la que se ha dado el nombre de Rheinfels, á causa de su posición, está coronada en su cima por majestuosas ruinas que dejan adivinar uno de los mas temibles castillos construidos en otro tiempo sobre las orillas del Rin. En su origen sirvió de morada á religiosos; pero un conde de la casa de los Katzenellenbogen, poderoso en el país, los desposeyó, y transformó aquel asilo en ciudadela. El conde era hombre duro y malo, avariento é injusto: se habia hecho odioso, tanto por los castigos que imponía á sus vasallos, como por la codicia con que les hacia contribuir al aumento de sus rentas. Llegó á ser tan opulento, que le llamaban *Dieter der reiche*, que quiere decir, *Dieter el rico*. Al saber que se establecía en aquella posición fortificada, todo el país quedó consternado, porque eran conocidos sus vicios y su indomable carácter.

Nada sin embargo mas miserable que la existencia de aquel rico, que empobrecía á los mas miserables en provecho propio. Se habia casado en su mocedad con una mujer que poseía todas las virtudes que á él le faltaban. Buena y compasiva, la condesa sentía vivamente los males que causaba su esposo; pero dominada por el ascendiente del conde, nada podía hacer para aliviarlos.

De esta unión nació una hija, que desde su infancia reveló todos los sentimientos bajos y perversos de su padre: este la aborreció, porque deseaba tener un hijo que perpetuase su estirpe: así fué que la trataba con la mayor dureza. La joven condesa por su parte, á pesar de la vigilancia maternal, desarrolló todas sus inclinaciones perniciosas, y consiguió que todos la aborreciesen tanto como su padre. Por fin llegó á tener este mucho después un hijo, que desde luego descubrió el germen de los vicios mas contrarios á la parsimonia del conde: estas disposiciones amargaron cruelmente su corazón.

Desde el momento en que Dieter el rico se encontró al abrigo de sus sólidas murallas, no puso límites á sus deprecaciones, y la navegación del río, recargada por un sistema de peaje que convertía al comercio en un tributo para los castellanos, se encontró mas y mas imposibilitada de estender su vuelo, merced á los grandes derechos establecidos en el pasaje de Reinfels. El descontento hizo que se maldijese el nombre del conde Dieter desde Bingen á Boppard.

Entre los religiosos espulsados del Rheinstein, uno solo no habia querido seguir á sus hermanos á la abadía de Siegbourg, estableciéndose en una cabaña al otro lado del Rin. Sus conocimientos en agricultura le hacian querido de los paisanos, á quienes enseñaba el cultivo de la viña, que era la principal riqueza de la comarca.

Habia entonces en Ober un pescador llamado Schaff, que habia tenido muchas disputas con los empleados del conde, y que odiaba á este hasta el punto de no ocultar sus sentimientos, procurando incitar contra él á los vecinos, á quienes Kuno (este era el nombre del monje) amonestaba para que permaneciesen tranquilos. Llegaron á conocimiento de Dieter los discursos y los pasos de aquel vasallo rebelde, y al punto le hizo prender y arrojar á uno de los fosos del castillo. Este arresto hizo profunda impresion entre los labriegos, pero inspiraba tanto terror al conde, que ni una queja ni un solo murmullo se dejó oír en favor del preso.

Pero aquella misma tarde echaron sus redes algunos pescadores junto al banco de Lurley.

—Hijos míos, les dijo una voz que parecia salir de las aguas, esperad un poco, y el que debe venir, vendrá. Se romperá el arco de los fuertes, y los hombres vacilantes recobrarán su fuerza.

La voz calló, pero volvió á decir poco después:

—Los que quieren el reinado de la moderación y de la justicia, acudan al valle de Erenthal, donde reposan los justos y los fuertes.

En seguida cantó la voz:

Inspira, oh Rin, á tus humildes hijos:  
el valor de los héroes mas famosos:  
de sus males prolijos:  
compadécete, oh Rin: hazlos dichosos.

El misterio de esta aparición llenó á los pescadores de un terror profundo:

—Como soy cristiano, dijo uno de ellos, es la Virgen de Lurley. Recojamos las redes, antes que la tempestad nos arrojase sobre el Gewir.

—Calla, cobarde, replicó otro; ¿ignoras que la Virgen nos protege? ¡Por S. Werner! Si se ha de romper el arco del rico, que sea enhorabuena. No se dirá que Wolke, el pescador de San Goar, se contenta con quejarse de ese pícaro conde de Rheinstein.

—¿Qué pretendes? le preguntaron todos.

—Iré á Erenthal.

En vano procuraron sus compañeros disuadirle de este propósito, porque recogió su red y se dirigió con su barca á San Goarshasen. Las sombras de la noche se extendían sobre todos los objetos, y solo se divisaba la masa de los altos montes destacándose sobre un cielo sin transparencia y sin luz. Wolke se metió en el estrecho sendero que conduce á Velmich, y llegó poco después al valle de Erenthal. Entonces se detuvo un momento ignorando la dirección que debía seguir; pero de pronto oyó la misma voz del banco de Lurley, á cual decía:

—No abandones tu confianza, pues ella te recompensará. Debemos tener paciencia y valor: camina, camina sin cesar por la senda de la justicia.

Wolke prosiguió su camino en la dirección de la voz, contentado por esta, que repetía sin cesar:

—Desfallecer cuando tocamos el fin, es prueba de debilidad: guárdate de Dieter...

Poco después divisó Wolke á su izquierda un camino abierto en la roca, el cual conducía á una ancha abertura, cuyo interior salía un resplandor vacilante, y vió introducirse en ella á una joven de admirable belleza, vestida capri-

chosamente. Aquella aparición le pareció un sueño; pero se habia ya aventurado mucho para retroceder, y por lo mismo avanzó con resolución hacia la caverna. Al llegar á ella se apagó la luz y reinó la oscuridad mas completa. Una mano que sin duda pertenecía á la joven desconocida asió la suya y le condujo á la gruta.

Por el aire húmedo y frío que hirió su rostro, y por las emanaciones que aspiraba, conoció Wolke que se hallaba en una de las muchas minas que allí se explotaban desde tiempo inmemorial. Una voz grave le preguntó con energía:

—¿Qué vienes á hacer en la reunión de los justos y de los valientes?

Wolke comprendió que le cercaban los hombres fuertes de que habia hablado la voz de Lurley, y contestó con seguridad:

—Vengo, impulsado por el cielo, para unir mi resentimiento al de los hombres determinados que quieren la humillación del rico y una justicia mas exacta por parte de los dominadores del país.

—Bien dicho! repuso el personaje que antes habia preguntado. ¿Quién eres y qué prendas ofreces de tu sinceridad?

—Me llamo Wolke y habito en San Goar. Supuesto que me encuentro entre hombres, desafío á cualquiera á que diga si mi nombre es el de un cobarde ó el de un traidor.

—Tiene razon, respondió una voz.

—Basta, replicó el primer interlocutor. Escucha, Wolke: ha llegado el tiempo en que conozcan el conde y toda su raza que el hombre no es el mas fuerte por su propia fuerza, y que si tienen armas, nosotros tenemos la justicia de nuestra parte. Jura no descansar hasta que queden exterminados esos ladrones que se han hecho nuestros amos.

—Lo juro, dijo Wolke.

—Retírate pues, y recluta soldados para la buena causa.

Ocho dias después murió la condesa de Rheinstein: Dios la llamó á su seno para que no presenciase los horrores de su casa.

Quince dias después, los conjurados de Erenthal, obreros de las minas, perseguidos por el conde, pusieron fuego al castillo de este. Dieter y sus hijos perecieron abrasados con todos sus tesoros, y de aquella imponente fortaleza solo quedaron las grandes ruinas de Rheinfels.

(Continuará.)

## REVISTA DE BAÑOS.

La elegante sociedad de Madrid comienza á dispersarse huyendo de los rigores de la próxima canícula. Los pueblos de baños minerales y los puertos de mar son los que merecen la preferencia para las escursiones de verano. Nos parece pues oportuno, en estos dias en que tanto se habla de baños, y en que tantos viajes se preparan y conciertan, ofrecer á nuestros lectores como en panorama, una revista de los baños mas notables y mas favorecidos por la gente de buen tono.

Nadie disputa á las provincias Vascongadas la primacía en punto á baños, y todos reconocen que están al frente de ese movimiento de progreso y de perfección que de algunos años á esta parte se advierte en esta clase de establecimientos. Comencemos pues nuestra revista por los tres mas célebres que encierra la provincia de Guipúzcoa.

En el camino real que conduce de Madrid á Bayona, y entre los pueblos de Escoriaza y Arechavaleta, pertenecientes ambos á la provincia de Guipúzcoa, llama desde luego la atención del viajero una gran puerta, que situada á la derecha de la carretera, indica la entrada á uno de los establecimientos de baños minerales que mas honor hacen á España. Salvada la puerta se atraviesa un lindo parque, cuyo pavimento sirve de puente á un riachuelo, y se divisa desde luego á la izquierda la casa-hospedería que sirve de albergue á los bañistas: á la derecha de la casa de baños y en el centro, y sirviendo de paso de comunicacion á ambos edificios, un jardin cerrado con verja de hierro que da nuevo realce á la amena situación topográfica del establecimiento, cercado por uno y otro lado de verdes y elevados montes. Esa casa-hospedería y esos baños son los de Arechavaleta.

La casa-hospedería, construida en 1842, tiene tres pisos. En el principal está el salon donde se reúnen por la noche los bañistas, adornado con elegante sencillez, y provisto de pianos y mesas de juego. En el piso bajo está el grandioso comedor, las hermosas columnas que han sustituido al tabique que dividía esta pieza de la cocina, y que se prolongan por toda la estension de la sala; las ventanas que dan al jardin, y la inmensa mesa de cuarenta y hasta ochenta cubiertos que hace en su centro, dan al comedor un colorido de régia suntuosidad que satisface al mas exigente. Dando frente á la puerta del comedor se halla la pieza del billar y el gabinete de lectura, y entre una y otro un espacioso zaguán, donde se reúnen antes de comer los bañistas que con mas impaciencia esperan el toque de la consoladora campana. La cocina y la repostería, convenientemente situadas á espaldas del edificio, nada dejan que desear en punto á limpieza y desahogo.

Saliento de este edificio por la puerta principal, se atraviesa el jardin, en uno de cuyos ángulos se halla situada la fuente donde nace el manantial, de cuya abundancia se podrá formar una idea aproximada, diciendo que produce la considerable cantidad de treinta y tres cuartillos por minuto.

Al lado de la fuente y dando frente á la hospedería, se halla la bonita casa de baños. Un salon de 120 pies de largo y 18 de ancho con su cúpula de cristales, adornado de estatuas, jerglíficos y banquetas, sirve de pieza de descanso, y da entrada á ocho gabinetes, cada uno de los cuales tiene dos cuartos independientes para bañarse, con luz graduada por medio de cristales y persianas. Las pilas ó bañeras son de una sola pieza de mármol bruñido y de grandes dimensiones. En uno de los extremos del salon está la máquina para calentar el agua, y en el opuesto hay una gran puerta de dos hojas, que abierta los domingos y dias festivos de par en par, deja ver un altar donde se celebra la misa, convirtiendo mágicamente aquel vasto salon en un espacioso oratorio.

Si es agradable vivir en los dias de estío en una casita pintoresca, cercada de verdes montes, situada en un ameno valle y bañada por las aguas del Deva que besan sus cimientos, mas agradable es todavía ver cómo se deslizan las horas en medio de una sociedad escogida, en que se disfrutan de todos

los placeres de la intimidad y de todas las comodidades de la independencia.

Santa Agueda, por su situación topográfica y por el bellísimo paisaje en que está colocado, lleva mucha ventaja á Arechavaleta; Santa Agueda es un vergel delicioso adonde no llegan los rayos del sol de agosto; y para hacer una vida campestre y retirada, una vida cuya rigida sencillez no interrumpe ni el sordo rumor de las agitaciones del gran mundo, nada puede elegirse mas á propósito que aquel sitio apacible, verdadera mansion de paz y de calma, donde encuentran alivio los dolores del cuerpo y las inquietudes del espíritu. Separado á regular distancia del camino real, que se deja desde Mondragon, ni el ruido de las diligencias y sillas-correos viene á alterar su constante tranquilidad. Bajo el aspecto pues de la quietud y del paisaje no se puede disputar la primacía á Santa Agueda, que compite por otra parte con los demás.

El edificio-hospedería no está, sin embargo, á la altura de los de Arechavaleta y Cestona, y participa de cierto tinte lóbrego. Las pilas de baños, aunque hermosas, están situadas en cuartos poco ventilados. Pero en cambio el jardin y la huerta son amenos y frondosos, y las calles, cubiertas de enramada y formando un verdadero bosque, hacen agradable el paseo aun durante las horas en que el sol tiene mayor fuerza.

La concurrencia de bañistas es mucho mas numerosa por lo general á Santa Agueda que á Arechavaleta. Y esto se explica muy fácilmente. Santa Agueda, á las ventajas de su retirada y pintoresca situación, reúne ese prestigio de la antigüedad, que es la base del crédito de un establecimiento de esta clase. La fuerza de la costumbre por un lado, y por otro la afición tan justa que se toma á unos manantiales donde si no se recobra se repone al menos la salud, son elementos poderosos de prosperidad para una casa de baños.

Los baños de Cestona, sea por su antigua fama, sea por la distinguida sociedad que en ellos se reúne todos los años, tienen ciertas pretensiones aristocráticas que no revelan en tan alto grado los demás. Saliendo de la linda villa de Azpeitia, y deslizándose por el pintoresco camino que sirve de margen izquierda al Urola, se llega una hora después á la silenciosa cañada en que nacen las aguas minerales, y donde se levanta como de improviso para el viajero el establecimiento de baños, situado en la ribera izquierda del tranquilo río, y coronado de un espeso bosque de castaños. Entrase á la casa por una linda portada que da salida á un bello paseo con tres espaciosas calles, adornadas por frondosos platanos, tilos y sauces, y se ve á la izquierda una magnífica galería, sobre la cual se levanta otra que abre paso á otra nueva casa que cierra el paseo y da frente á la primera. Esta presenta á su entrada un espacioso tránsito que sirve de paso á los comedores, á la administracion, al departamento de baños, y á la hermosa escalera que conduce á los otros tres pisos. El local de los baños presenta todas las comodidades que se pueden apetecer. Los cuartos de baño escuden en belleza á los de otros establecimientos, y reciben por medio de claraboyas una luz templada que aumenta los encantos de este goce oriental. En punto á los placeres de la mesa y á las demás comodidades de la vida, rivalizan en esmero y en esplendidez sibarítica, Arechavaleta, Santa Agueda y Cestona. Para las familias de aspiraciones mas modestas, Vizcaya brinda á los viajeros con sus baños de Elorrio.

Los médicos directores de Arechavaleta, Santa Agueda y Cestona, son los celosos y entendidos profesores D. Rafael Breñoso, D. Juan Carlos Guerra, y D. Justo María Zabala.

Los baños de Ontaneda y Alceda, en la provincia de Santander, á cargo del celoso médico-director D. Manuel Ruiz Salazar, están en igual escala de comodidad y esmero que los de Guipúzcoa.

En la provincia de Guadalajara están situados los de Trillo y la Isabela, que gozan de una justa celebridad. Hallase colocado Trillo en un terreno tan ameno como pintoresco, bañado por el Tajo y el Cifuentes. Se encuentra tambien rodeado de montes cubiertos de verdura, quedan lugar á frescos y bellos valles, todo lo cual unido á la calidad bonicible del suelo, no estéril por cierto, hace que á su cielo apacible y comunemente despejado, se una la atmósfera pura, balsámica y por lo tanto saludable en todas las estaciones, y bastante fresca aun en los dias mas ardorosos del estío.

Las termas ó baños de Trillo se hallan á poco mas de un cuarto de legua de la poblacion, en la margen derecha del Tajo saliendo de esta. El sitio que ocupan los baños, cubiertos de altos chopos, álamos, robles y alegre verdura sembrada de mil variedades florecillas, forma la vista mas pintoresca y bella; y el delicioso aroma que exhalan la multitud de yerbas aromáticas de que se ve sembrado aquel pintoresco terreno, hace que se respire allí agradablemente, y que adquiriendo la vida vigor, se reanime el espíritu y se restablezcan en gran parte las decaídas fuerzas. La dulce melancolía que inspiran las soledades de los montes que rodean el valle, poblados de árboles, causan un placer difícil de explicar, y estamos en la persuasión de que ejerce todo esto tan poderoso influjo sobre la debilitada salud, como las mismas aguas.

De los siete minerales que brotan en tan pintoresca cañada, los cuatro varían de temperatura y naturaleza, siendo por lo tanto aplicables á la cura de diversas enfermedades. El señor D. Mariano José Gonzalez y Crespo, director de estos baños, es quien con su celo entusiasta los ha elevado al grado de brillantez que hoy tienen. Los de la Isabela, situados á pocas leguas, disfrutan de una posición topográfica no menos pintoresca; la virtud de sus aguas es casi la misma, y su director, el señor Perez Manso, rivaliza con los mejores médicos de baños en celo é ilustracion.

Para no hacer mas larga esta reseña, no descenderemos ahora á la descripción de los famosos baños de Puerto Lluno, que dirige el señor D. Carlos Mestre; de los de Caldas de Cataluña, á cargo del señor Graells; de los célebres de Chelana, en Cádiz, de que es mélico el señor Uceda y Pinel; de los de Alhama, de Granada, que con tanto celo dirige el señor D. Ricardo Federico; de los de Panticosa, tan renombrados en la provincia de Huesca, bajo la dirección del señor Usera; de los de Arnedillo, y los célebres tambien de Carratraca; de los de Archeon, en Murcia, y por último, de los de Alhama en la provincia de Zaragoza, que dirige el señor Bogueira, y del magnífico establecimiento levantado á pocas leguas de esta corte.



por el rico propietario señor D. Gaspar de Soliveres. De algunos de estos, y en particular de estos dos últimos, nos ocuparemos en otra revista, haciendo de paso una ligera excursión á los baños de mar de Deva, Santander, Bilbao y San Sebastián.

Como si no fueran bastantes los baños á que nos referimos para satisfacer todos los gustos y dar albergue á todas las clases, los lindos baños del Pirineo, como Biarritz, Bagueres y Cotteret, brindan con sus encantos á la parte mas elevada de nuestra aristocrática sociedad. Las bellas playas de Biarritz recibirán tambien este año un lucido contingente de hermosas españolas, que irán á disputar el premio del donaire y de la elegancia con las mugeres de la alta sociedad europea, que se citan para aquellos baños de gran tono. Otras familias, tambien de elevada alcurnia, aunque no tan aficionadas á largas excursiones, han elegido para pasar el verano, sin sentirle, los deliciosos jardines de la Granja.

#### La Malaria.

En la Exposición de Londres figuraba un cuadro de la escuela francesa, magnífico por su sencillez, y grande, no solo por su espresion, sino por las modestas pretensiones que revelaba. A estas causas se debe principalmente la inmensa boga que con justicia ha alcanzado entre los inteligentes. Nos referimos á *La Malaria* de M. Hebert. Es una verdadera obra maestra, como desde luego se echa de ver por el grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, quienes no podrán menos de apreciar el gran pensamiento de la composicion, el grupo elegante y sencillo de una familia italiana que huye de la peste, y que baja lentamente por el rio en una frágil barca guiada por un hombre vigoroso, cuya postura aparece tan pintoresca. En esta figura, en la calcaz sombría del que está sentado en la barca, en las facciones tristes de la jóven acometida de la fiebre, en el aspecto aplomado del cielo, y en la inmovilidad del rio, se observa una melancolia y una union de pormenores que conmueven. Esceptúase y se separa del conjunto la figura de la otra jóven, que deja caer melancólicamente su mano fuera de la barca. La enfermedad no ha penetrado en aquella robusta naturaleza, y el artista nos ha ocultado su rostro, para conservar á su cuadro toda la fortaleza de una armonía triste y desgarradora.

Este cuadro ha escitado la admiracion de todos los inteligentes.

#### EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

Dos artistas de los mas conocidos y apreciables en nuestro país, han emprendido una edicion de extraordinario lujo de la novela que con aquel título escribió Larra. De la obra nada podriamos decir que fuese nuevo; las personas inteligentes la consideran justamente como una de las mas brillantes joyas de nuestra literatura contemporánea: en cuanto á la nueva edicion, difícilmente podriamos dar idea de los bellísimos dibujos del señor Urrabieta, que la ilustran, estampados á variedad de tintas con un esmero extraordinario en la litografía del señor Martínez. Nuestro objeto al citar esta preciosísima publicacion, es solo llamar hácia ella la atencion de nuestros suscritores, que no podrán menos de quedar encantados de la primera entrega, á cuyo frente va un prólogo escrito por el hijo de Larra.

#### TOROS.

Toros y mas toros; no se habla en Madrid, en la España entera de otra cosa: bien hecho; á tal punto ha llegado la manía, que el pan ha sido pospuesto á los toros: por de pronto haya toros, es lo esencial; después se pensará en el pan. La *Ilustracion* en vista de esta hidrofobia de corridas, no puede menos de convertirse en eco del *gran asunto* que hoy preocupa al país entero, y presenta dos grabados que esperamos sean bien recibidos de nuestros lectores.

#### Un cementerio á la orilla del mar.

(Conclusion.)

La suma subia á cerca de 20 libras, y la madre de Isabel habia insistido inútilmente para reembolsarle este dinero. Esta misma mañana, cuando volvia del sepulcro de su novia, la anciana madre le habia repetido: «Roberto, nos vais á dejar, y no sabéis cuáles podrán ser vuestras necesidades. Quiéropagaros lo que os debo.»

—Madre, replicó el jóven, guardad ese dinero, y si me sucede alguna desgracia, servirá para pagar mi entierro; pero no lo recibiré nunca mientras exista. Lo que poseo habria sido de Isabel si hubiese vivido, y gozo una melancólica satisfaccion pagando esta suma por ella.

Media hora despues de estas palabras traian el cuerpo ensangrentado de este jóven del camino de hierro, sobre el cual iba á realizar su viaje; y el dinero que no habia querido recibir, sirvió en efecto para enterrarle en la misma tumba de Isabel Cammisch. La poesía no ha desaparecido pues del todo de la vida, cuando hasta los caminos de hierro le pagan su tributo.

Si continuamos nuestro peregrinaje á los sepulcros que nos hablan de la existencia agitada de los marinos, el cementerio de Scarborough es uno de los que deben interesarnos mas. La antigua iglesia de Santa María se eleva al pié de la montaña del castillo, y domina desde su altura la multitud de tumbas colocadas alrededor de ella. Este paraje fué probablemente por largos años el gran depósito de la muerte. Cuando los sajones ocupaban el país, cuando los dinamarqueses saqueaban las costas á las órdenes de Regner Lodbrog, fortificaban el cabo Flambro y edificaban á Whitby, la blanca ciudad en que Pedro Gabeston mandaba el castillo por Eduardo II, y ante el cual fué muerto John Meldrun, general de los parlamentarios; es verosímil que este cementerio, tan poblado en el dia, recibiese entonces á todas estas generaciones de guerreros. Y sin embargo, ¡qué de piedras recuerdan solamente la

memoria de aquellos cuyas cenizas se hallan diseminadas en otras tierras! Citemos algunos de estos desgraciados que han muerto en otros países, y no tienen en el suyo mas que un simple recuerdo.—William Allen, ahogado en Chavaste, noviembre de 1829, de edad de trece años; y José Allen, hijo del precedente (nótese), que pereció en el naufragio de un buque de salvamento el 17 de febrero de 1836, á la edad de trece años.

Allí se encuentran tambien los nombres de tres personas ahogadas en este mismo bajel de salvamento; mas lejos, la tumba de un marino que pereció en Rusia; otro en la travesía de la Nueva Escocia; y un tercero en un viaje á la isla Mauricio; Roberto Scott se ahogó en Elseneur, y su hijo á la vista del cabo de Buena Esperanza. William Ticklepenni ha sufrido su pena sobre las arenas de Osgodby, en enero de 1828. Si las arenas de Osgodby no estuviesen siempre cubiertas por las aguas, y si no se añadiese que William Ticklepenni «vivió respetado y murió sentido», se podria creer, segun el estilo del epitafio, que habia sido ahorcado. Toda la tripulacion y los pasajeros de la *Selina*, que zozobró sobre la punta de Ram, fueron sepultados en Plymouth; pero se levantó un pequeño monumento á su memoria en el cementerio de Scarborough. Se hallan tambien numerosas menciones de personas arrebatadas en el desastre de la *Betty's Delight*, que se estrelló cerca de Scarborough en 1844. Un marino que murió en Santo Domingo, fué enterrado en Puerto-Príncipe. Otros han hallado la muerte en los brazos de Lyon, durante una travesía á Douvres, «sobre la costa de Francia por los terribles efectos de la guerra.» Aquellos fueron dos marineros que murieron combatiendo á bordo de un buque del Estallo. Los unos han perecido al ir á Londres, otros al ir á la Jamaica. En la rada de Yarmouth, Whitby, á la vista de la ciudad, ante Sunderland, en el naufragio de una barca en la punta Flamborough, en San Juan de Nueva Escocia, sobre la costa de Holanda, á la vista de Jersey, en Batavia, en Java, volviendo de América, y uno, en fin, que murió de una insolacion en Calcuta.

De este modo nos vienen de todos los países estos recuerdos de las muertes trágicas que hallamos á nuestros piés. Allí hay ciertamente muy pocas de estas ratas de agua, como les llamaba Carlos II, sobre cuya tumba pudiese grabarse un canto alegre.

Si se quieren seguir de mas cerca los acontecimientos que recuerdan estos lugares, se encuentran en ellos las memorias de terribles naufragios y de desastres sin número. Allí puede verse que la *Gloria* de Yarmouth pereció con toda su tripulacion; *Betsy* y *Ana* fueron tragados por las olas; *La Amistad* se estrelló contra las rocas; *La Esperanza* perdió su ancla en el momento del peligro, y *El Feliz Regreso* no halló en su nombre tan favorable una garantía suficiente para ganar el puerto. Después del espectáculo de que se ve uno allí rodeado, es menester pensar que solo un insensato puede confiarse á las ondas del Océano; pero mírense bien las caras tostadas que se encuentran en el camino, y no se hallará en ellas ni melancolia ni desesperacion. Estos son siempre los alegres lobos marinos, que cantan en el puerto su viva cancion, y que al partir para las costas peligrosas, para el viaje mas terrible, hasta para la indagacion inútil é impracticable del paso del Noroeste, se contentan con repetir el antiguo adagio: «todos debemos morir algun día.»

Erase el 1.º de noviembre de 1824; el viento del Noroeste, que se habia levantado desde el amanecer, soplaba con violencia. Los barcos pescadores, los buques carboneros, y otros bajeles que frecuentaban estas playas, llegaron bien pronto en confusion, buscando un abrigo en los puertos de Scarborough y de Filey; porque pasando estos no se encuentran otros en estas costas sino á mucha distancia, excepto *Burlington*, que ofrece algun refugio poco seguro. El dia amanecía sombrío y amenazador; todos los habitantes estaban á sus ventanas mirando los bajeles que se acumulaban en el puerto. A lo lejos se percibian algunos hombres, colocados sobre las alturas, donde el viento les permitia apenas sostenerse, y que procuraban reconocer qué buques se hallaban en alta mar y qué peligros los amenazaban. Todo el mundo se hallaba bajo la impresion de un mismo pensamiento de tristeza: sobre esta costa, donde el viento cuando está en su fuerza arroja de una manera irresistible á tantos navios sobre las rocas que la circundan, no debia concluirse tal dia sin terribles accidentes. Desde el mediodía formaba la mar inmensas olas que lanzaban sus espumas sobre las mas altas rocas, mientras que los vientos desencadenados llenaban el aire con sus temibles mugidos. Muchas naves llegaron con trabajo hasta el puerto, después de haber evitado, gracias á los esfuerzos multiplicados de la tripulacion, el peligro de ser arrojadas y estrelladas en la costa.

Entre los barcos de pesca que buscaban asilo en la bahía de Filey, habia uno que pertenecia á un jóven llamado Jorge Jolliffe. Con su actividad y lo poco que le habia dejado su padre, pescador como él, habia llegado á adquirir la propiedad de una barca montada por cinco hombres, y con la cual habia bastante bien sus negocios. Esta barca constituia todo su bien: así algunas veces, durante las largas horas de la noche, y mirando la mar en que tenia arrojadas sus redes, pensaba en lo que seria de él si acontecia alguna desgracia á *La Bella Susana*. La barca habia sido bautizada con este nombre, que era el de su muger; y cuando él se representaba en su imaginacion á su bella y buena Susana con sus dos hijos en su pequeña habitacion, tan aseada y tan alegre, situada en una de las calles de Scarborough, no podia evitar un inevitable terror ante la idea de que pudiese suceder algun accidente funesto á su barca. Felizmente eran pasajeros estos pensamientos, y solo influian para hacerle mas activo y mas vigilante.

Entonces hacá ya algunos dias que se hallaba en el banco del Dugger, ocupado en la pesca del bacalao, cuando el estado del cielo le presagió una próxima tempestad. Al momento recogió sus redes, largó sus velas y gobernó hácia el puerto con su habitual destreza. No tardó en verse imitado por los otros pescadores que se hallaban en estos parajes, y todas las barcas se dirigieron al mismo tiempo hácia la costa. Pero antes que él hubiese divisado la tierra, habia arreciado el viento con violencia, y en el momento en que se aproximaba á la ribera se convenció de que no podria ganar el puerto de Scarborough, y deberia considerarse muy feliz entrando en el de Giley.

Después del mediodía del 5 de noviembre pudo en fin, á costa de prodigiosos esfuerzos, ponerse al abrigo y arrojar el ancla en medio de los otros buques extranjeros. Fatigados, empapados en agua, aniquilados por sus largos esfuerzos, sus cuatro compañeros subian con él á la aldea de Filey, cuando de repente les llantó la atencion una multitud de marineros y pescadores, reunidos al pié del faro, y que en medio de la emocion general dirigian sus anteojos hácia el mar. Volvieron al momento la cara y percibieron la causa. Un bello navio mercante, sin velas y no obedeciendo ya probablemente al timon, rodaba, conducido por las olas, y se dejaba ir al través hacia un grupo de rocas perpendiculares, rodeadas por el mar, y que se llama el Espectante, escollo funesto contra el cual se han estrellado muchos bajeles.

«Nada puede salvarle ya», dijeron algunas voces con una calma aparente, que hubiese tomado un extranjero por prueba de insensibilidad. Sin embargo, podia ya percibirse un movimiento en la multitud; Jorge Jolliffe y sus compañeros comprendieron lo que esto significaba: muchos de estos valientes se disponian á tentar los medios de salvar á los que se hallaban á bordo del navio, cuya pérdida no podia evitar ningun poder humano. Pocas esperanzas habia ciertamente para los pasajeros, porque la roca tenia muchas millas de longitud, y presentaba en toda su estension un muro perpendicular de unos doscientos piés de altura, contra el cual se precipitaba la mar con sordos mugidos. Aunque abrumado por la fatiga, Jorge resolvió inmediatamente unirse á los que deseaban socorrer, si posible fuese, á aquella aterradora multitud que estaba sobre la cubierta del navio, ó darles por lo menos la satisfaccion de ver que no permanecian indiferentes á su desgraciada suerte, los que mas afortunados que ellos acababan de pisar la tierra.

Precipitándose entonces en una taberna inmediata, se bebió un jarro de cerveza, tomó un pedazo de pan y queso, y saltó á un carro que se dirigia hácia la ribera conduciendo ya un gran número de pescadores. Solo un hombre de su tripulacion consintió en acompañarle, y este era su hermano menor. Los otros tres declararon que estaban medio muertos de fatiga y se quedaron atrás.

La carreta iba á escape, y mucha gente seguia el mismo camino con igual viveza. Durante este tiempo, una multitud de jóvenes marinos, á pié corrian á lo largo de las rocas, dirigiéndose por el camino mas corto para llegar al lugar de la catástrofe. Jorge y los que iban con él llegaron á un punto en que dejaron la carreta y se adelantaron hácia la ribera, llevando rollos de cuerda y vestidos para los naufragos. De tiempo en tiempo se oia el estampido del cañon de apuro que disparaba el navio en peligro. Por un momento se pudo pensar que la multitud que se hallaba sobre el puente tenia la esperanza de conducir el bajel al abrigo de la tierra, y arrojar entonces el ancla; pero la terrible realidad de la situacion en que se hallaban, acababa evidentemente de presentarse á los ojos de las víctimas, y los espectadores del desastre se precipitaban hácia las rocas con ansiedad mayor, á medida que dos estampidos sucesivos del cañon de alarma venian á herir sus oidos.

Cuando Jolliffe y sus compañeros hubieron ganado la cumbre de las rocas, era la caída de la tarde; el viento continuaba soplando con violencia, y la mar no ofrecia á la vista mas que un vasto caos. La muchedumbre miraba al navio con un sombrío silencio, en medio del ruido de las olas y de los vientos. Uno de los palos habia caido tronchado sobre el puente, en el cual se veian tan solo algunas personas, que en actitud suplicante estendian los brazos hácia los marinos colocados sobre las rocas, para solicitar el socorro que desesperaban de poderles dar. En el momento en que el navio abandonado de esta suerte se aproximaba á las rocas, encontró un violento reflujo de las olas que retrocedian bruscamente después de haber chocado con la tierra; entonces se inclinó sobre un costado, traqueado en todos sentidos, sin poderse enderezar. Las olas acababan de barrer el puente, y los pasajeros desaparecian dando gritos que se oian aun en medio de la tempestad. Los espectadores reunidos en la playa temblaban de horror, y conocian que iban á ser inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no podian apartar los ojos de este espantoso espectáculo; como impulsados por una fuerza estraña, contemplaban con triste terror este navio que cada instante se aproximaba á su pérdida, cuando de repente distinguieron un anciano con la cabeza desnuda y los cabellos blancos chorreando espuma, aferrado al palo mayor, con las manos elevadas al cielo y los ojos fijos sobre ellos, como si aun tuviese la esperanza de que iban á salvarlo. Una emocion repentina recorrió la multitud. El buque se elevó por encima de las olas, y después desapareció en el abismo á poca distancia de las rocas. Algunos segundos mas, y todo estaba concluido. Desde la ribera arrojaron muchas cuerdas, pero la gran distancia y el furor del viento les impedian alcanzar su objeto, cayendo á lo largo de la costa sin que ninguna llegase al buque. No por esto se desanimaban, y una de ellas pudo en fin ser agarrada por el anciano. Al verlo resonó un grito general, aunque la posicion era demasiado espantosa para concebir una débil esperanza. El navio llegaba sobre las rocas; un paso mas, y quedaba estrellado. Todos los ojos se esforzaban para ver si el desgraciado habia conseguido amarrarse con la cuerda. El trataba evidentemente de hacerlo, aunque sin soltarse del palo, temiendo ser arrastrado por la próxima ola. Pero sus fuerzas parecian agotadas; de diferentes lados se oian murmurar estas palabras: «No lo conseguirá jamás.» En este momento una nueva ola vino á cubrirle rugiendo. El anciano permanecia siempre abrazado al palo, y al retirarse la ola, se pasó el brazo por la cara como para quitarse el agua de los ojos, y miró al cielo. Conservaba convulsivamente entre las manos la cuerda que se le habia arrojado, demasiado débil ¡ay! para amarrarla á su cintura.

En el mismo instante fué precipitado el navio contra las rocas con un ruido terrible, y balanceándose hácia atrás, volvió á caer medio sepultado en el abismo; después, por un impulso último, fué rechazado hácia adelante; el palo mayor cayó con estruendo, y el casco pareció abrirse todo entero. Entonces se vió la sombría popa del bajel elevarse todavía una vez por encima de las olas, y despues desaparecer en la profundidad del mar, no dejando mas que pedazos informes y restos flotantes impulsados por las violentas olas sobre esta ribera inhospitalaria.

Al amanecer del dia siguiente habia caido el viento, y á las



primeras luces del día salieron del puerto numerosos barcos para buscar y recoger algún objeto arrojado por las aguas. Jorge fué uno de los primeros que salieron; la fisonomía del anciano que había visto la vispera permaneció grabada en su pensamiento. Toda la noche había estado soñando con él, y mientras que los otros marinos estaban ocupados en buscar algún botín, él no pudo prescindir de arrojar sus miradas á lo lejos, tratando de percibir algún palo flotante. Aunque el viento había calmado, la mar continuaba agitada, y era peligroso aproximarse á las olas. Los otros barcos se habían quedado recogiendo lo que podían salvar del naufragio. Solo Jorge buscaba todavía el palo, y bien pronto lo divisó en fin, pero á una distancia considerable. Al momento hizo vela hácia él, y se aseguró de que no se engañaba. En efecto, sus compañeros vieron, como él, no solamente una cuerda que rodeaba una de las estremidades del palo, sino también un brazo que parecía estrecharle en su supremo esfuerzo. Jolliffe dejó arribar su barco en esta dirección, y en dos golpes de remo se encontró cerca del fluctuante pedazo de madera. Después de muchos trabajos causados por la agitación del mar, consiguió sujetar un lazo á la muñeca del ahogado, y de un hachazo cortó la cuerda con que estaba amarrado al palo. Entonces izaron al barco el cuerpo de aquel que la noche precedente había implorado en vano socorro durante la tempestad. Cuando le vieron estendido sobre la cubierta, se admiraron de su estatura y de la dignidad de su persona. No era un hombre de pequeña talla, como se les había figurado desde lo alto de las rocas; tenía al contrario cerca de seis pies, y parecía de una fuerza notable, aunque representaba por lo menos setenta años: tenía una nobleza en el semblante y una espresion tan viva de inteligencia que les causaba admiración.

—Este era un verdadero caballero, dijo Jorge: algún sentimiento causará su pérdida.

Hablando de este modo reparó que el anciano llevaba en los dedos algunas sortijas adornadas de pedrería, y se las quitó cuidadosamente diciendo á sus hombres: «Ved bien cuántas son;» y se las metió en el bolsillo. Vió en seguida que tenía un saco de cuero sujeto al cuerpo con un fuerte cinturón, y desatándolo, encontró dentro un grueso paquete envuelto en hule y sellado, con un papel doblado con el mayor esmero, y que estando mojado, le costó trabajo abrir. Este papel contenía el sobre de una gran casa de comercio en Hull.

—Estas cosas, dijo Jorge, las entregaré yo en persona á los negociantes.

—¿Y nuestra parte? exclamaron sus compañeros.

—Esto no pertenece á vosotros ni á mí, dijo Jorge; si nos resulta algún beneficio por haber llenado un deber, participéis de él. En cuanto á estos objetos, los defenderé á costa de mi vida si es necesario. Y ahora veamos si hay alguna otra cosa que llevar.

Los hombres, que á las primeras palabras habían manifestado su disgusto, volvieron á recobrar su alegría al oír el fin, y comenzaron de nuevo sus indagaciones. Amarraron á remolque el palo, y al cabo de algunas horas se hallaron en posesion de un considerable botín. Jolliffe les dijo que para prevenir toda intervencion de la policía ó del capitán del puerto en los negocios del anciano, tenía intencion de desembarcar cerca de Filey, hácia donde era necesario dirigir la barca. Colocó el saco bajo su vestido embreado, y desembarcó en una parte de la bahía desde donde podía alcanzar el camino de Hull sin ser observado. Felizmente encontró la diligencia, y aquella misma tarde llegó á Hull. Al día siguiente por la mañana fué á la casa de comercio indicada en el papel hallado en el saco del ahogado, é informó á los jefes de lo que había sucedido. Así que dió las señas del muerto, y les enseñó el saco con los papeles que contenía, los negociantes parecieron heridos de un mudo terror, mirándose mutuamente, y uno de ellos exclamó en fin: «¡Gran Dios! Era indudablemente Mr. Anckersvord!» Abrieron el papel, conferenciaron algún tiempo, y dirigiéndose á Jolliffe, le dijeron: «Os habeis conducido como hombre honrado, y pode-



Un picador y su escudero.

mos asegurarnos que seréis recompensado por vuestra noble conducta. Estos papeles son para nosotros muy preciosos, porque, os lo diremos francamente, son la salvaguardia de importantes intereses. Ah! Este es un acontecimiento bien triste! Uno de nosotros va á acompañaros para cumplir los últimos deberes con nuestro anciano y respetable amigo y asociado. Aquí teneis por lo pronto diez libras para vos, y otras tantas para repartir á vuestros compañeros.»

Jorge les suplicó que le diesen un recibo firmado del paquete y de las sortijas que acababa de entregarles, y lo obtuvo sin dificultad alguna. Para abreviar, diremos que los restos del ahogado fueron sepultados en la antigua iglesia de Scarborough, y que un gran número de personas de las mas notables de Hull asistieron á los funerales.

El invierno que siguió á estos acontecimientos fué muy malo. Antes de tocar á su término, Jorge Jolliffe había naufragado. *La Bella Susana* se perdió durante una espesa niebla sobre las rocas de Filey; su hermano se ahogó, y él mismo se salvó con gran trabajo con uno solo de sus hombres. Su

muger, herida por esta desgracia espantosa, había parido antes de tiempo, y minada por la inquietud y el sentimiento, permanecía siempre enferma. Jorge no poseía ya nada, y se había ajustado á bordo de otro navío, sufriendo los rigores del invierno y las fatigas de la vida de marino, por la simple parte que le tocaba cada semana. Un domingo del mes de abril, que por la primera vez salió Susana apoyada en el brazo de su marido para pasear en la montaña del castillo, cuando volvían á su pequeña casa, la desgraciada muger, pálida, fatigada por su enfermedad, y llevando detrás á sus dos hijos, al llegar cerca de su puerta vió á un extranjero jóven y de buena presencia, que estaba en conversacion con Mr. Bright su vecino.

—El es, dijo Mr. Bright al verlo; hé aquí á mister Jolliffe.

El extranjero se quitó el sombrero, hizo un gran saludo á Mr. Jolliffe, y manifestando una viva emocion, dijo á Jorge:

—Yo me llamo Anckersvord.

—Ah! exclamó Jorge, porque todo lo que el desconocido iba á decirle se le presentó al mismo tiempo á la imaginacion.

—Yo soy, dijo el extranjero, hijo del que después del naufragio del *Danemaur*, fué recogido por vuestros cuidados, y quisiera hablaros un momento.

Jorge permaneció un instante confuso; pero su muger se apresuró á abrir la puerta, é invitó á Mr. Anckersvord á que entrase.

—¿Sois inglés? preguntó Jorge al jóven cuando se hubo sentado.

—No, respondió este, soy dinamarqués; pero he sido educado en Hull, y considero á la Inglaterra como mi segunda patria, patria de que me enorgullecería por los hombres como vos, Mr. Jolliffe, aun cuando no tuviese otras razones.

—Jorge se ruborizó; los ojos de mister Jolliffe centellearon de placer y de vanidad, y no se tomó el trabajo de ocultarlo: después de una corta conversacion, el extranjero estuvo bien pronto al corriente de las desgracias ocurridas á esta pobre familia desde que Jorge había salvado tan noblemente los restos de su padre y preservado sus bienes.

—La Providencia, dijo Mr. Anckersvord, ha querido que nuestro reconocimiento tenga su entero efecto. Yo me hallaba detenido por el invierno en Archángel cuando recibí estas tristes noticias, sin lo cual hubiera estado aquí mas pronto. Pero héme aquí; y á nombre de mi madre, de mi hermana, de mi hermano, de mi muger, de mis asociados en fin, os suplico, Mr. Jolliffe, que acepteis el mejor barco de pesca que haya actualmente de venta en el puerto de Hull; y sino se puede encontrar uno de primera clase, se hará construir. Os pido también que recibais cien libras como un pequeño capital, para garantizaros de los desastres que son tan comunes en vuestra profesion; si llegase semejante día, que este testimonio de nuestra estimacion, de nuestra gratitud, os recuerde que no hemos hecho por vos todo lo que queremos, recurrid entonces á nosotros y no recurriréis en vano.

Es inútil decir la felicidad que hizo nacer en la pequeña casa Mr. Anckersvord, y la que él mismo llevó en el fondo

del corazón después de haber cumplido este deber. Mister Jolliffe recobró prontamente la salud y la fuerza, y Jorge pudo bien pronto contemplar con orgullo una *Bella Susana* desplegando sus velas sobre las olas.

Hemos tenido la curiosidad dias pasados de informarnos si había todavía una *Bella Susana* entre los barcos pescadores del puerto de Scarborough.

No hemos podido descubrirla allí; pero se nos dijo que un alegre muchacho de una cincuenta de años, el capitán Jolliffe, era el comandante del bello buque mercante el *Holger Dousque*, que hacia viajes regulares entre Copenhague y Hull, y que su hijo, jóven de porvenir, era el dependiente de confianza de la casa Davidson Anckersvord y compañía, á la cual pertenecía el *Holger Dousque*. Esto era bastante; todo lo habíamos comprendido, y sentimos una verdadera satisfacion al pensar que la noble conducta del pescador había encontrado unos corazones dignos de comprenderla.



La Malaria.

CH. DICKENS.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.